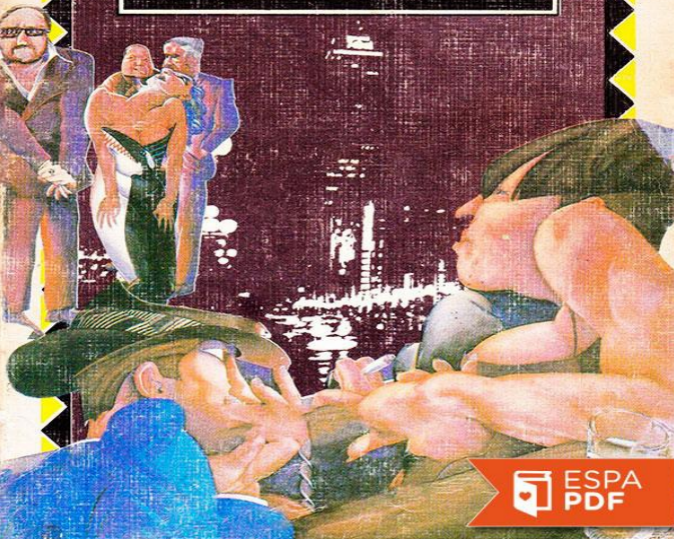


NOCHE DE CALIFAS

~
ARMANDO RAMÍREZ



Hoy he vuelto a ver a ese hombre de presencia mítica; con su abrigo mugroso y su elegancia a-pesar-de-todo, estaba dirigiendo el tráfico en una de esas céntricas esquinas de la ciudad, de la llamada parte vieja de la ciudad...

Un bolero ya de edad grande, me miró y me dijo señalando al hombre del abrigo mugroso y barba larga y rala: «Ése, así como lo ve, fue un padrote; dicen que el mejor de la Merced. Galán, califa mayor, no'mbre ni migajas quedan. Dicen que recibió un castigo divino; que

se volvió loco por una mujer... Pero vaya usted a saber, con el tiempo la gente va cambiando las cosas, pero sí fue califa mayor, todavía se le nota, a poco no...».

Del autor de Chin Chin el teporocho y Violación en Polanco.



Armando Ramírez

Noche de califas

ePub r1.0

orhi 25.06.15

Título original: *Noche de califas*

Armando Ramírez, 1982

Editor digital: orhi

ePub base r1.2

más libros en espapdf.com

ESTA MAÑANA después de muchos años caminé por la calle de Jesús María. Muchos años quiere decir: cinco años. Pero no es eso lo que quiero apuntar en este cuaderno de notas que de muchas maneras cumple la función de un diario. Por la calle de Jesús María, a la altura de la calle de La Corregidora, me encontré con una figura majestuosa envuelta en un grueso abrigo que se sentía pesado, tal vez por la mugre acumulada de años, y que daba la impresión de nunca haberse quitado de ese cuerpo; la barba era rala y larga, y en el rostro las costras de mugre no evitaban sentir hacia ese hombre una sensación de divinidad. Eso fue lo

primero que me llamó la atención; pero a medida que me puse a observarlo con mayor detenimiento se me fue haciendo conocido, hasta que recordé que ese hombre era alguien que en el pasado, durante algunos meses, había influido de una manera determinante en mi personalidad, o en mi forma de ser. Entonces no sabía qué quería en la vida; ahora, tampoco creo saberlo muy bien, pero en esa época era más joven, cinco años. No sé si sea un buen pretexto, pero el hecho es que viví intensamente esos pocos meses, aquí en la Merced. Yo ahora me gano la vida escribiendo reportajes, soy un free lance. A veces tengo buen dinero, digo, más de lo que

estuve acostumbrado a tener en la primera etapa de mi vida; otras no tanto, pero no soy más pobre de lo que he sido. Soy un autodidacta. Lo que me salva, dicen los que se las dan de saberlo todo, es que leo, desordenadamente pero leo todo lo que cae en mis manos. Me gusta mucho leer novelas, por eso es que ahora que he visto a ese hombre dirigiendo el tráfico de la calle de Jesús María, me he propuesto escribir una novela de una cosa que viví en parte y en la otra fui un testigo poco fiel. Soy periodista porque me es una forma fácil de ganarme la vida. Digo esto porque la historia que me propongo escribir no quiere ser una

historia que resulte una investigación donde el autor se gasta decenas de cassettes interrogando a los protagonistas, ni gasta tinta en libretas apuntando fechas, lugares, en parte porque él es güevón y en parte porque le gusta imaginarse las cosas.

Por lo mientras apunto, a lo mejor, algún día lo haré, ése es mi propósito y esta nota en mi cuaderno me servirá para no olvidarme de mi intención.

Creo que ese hombre que vi esta mañana puede ser el hombre que vivió mi historia, la que algún día contaré.

CAPÍTULO 1

TÚ ESTÁS en esa calle mojada por la lluvia de la tarde. O, tú estás aquí, en la calle de Peñón, en este cuarto a las nueve de la noche tratando de atrapar en esta hoja de papel lo que recuerdas. No, tú estás sentado en un auto Ford modelo 45, impecablemente cuidado, pintado de gris con llantas de cara blanca y sentado al volante, esperando. Y no estás aquí tratando de escribir en esta máquina Olivetti lettera 35, esa historia, la de la noche de San Valentín del año de 1973. Tú estás oyendo el radio y disfrutas mucho de la voz de Bienvenido Granda,

cuando canta: *«Totaaaaal, si me hubieras querido, no me hubieras matado con tu querer, ya tú ves que no es tiempo perdido...»* y te entretienes en dispersar el vaho que expide el calor de tu cuerpo empañando los vidrios del auto, y no sabes si sentirte importante o huir por el miedo que amenazaba con atraparte. Pero, más bien, todo eso lo estás recordando y apuntando en estas hojas blancas que se van llenando de palabras. Y comienzas a vivir nuevamente dentro de ti todas esas imágenes que ya recuerdas borrosamente y no sabes si pensar que son fieles a como pasaron, o si se trata de una invención total de tu mente que te

traiciona o, mejor dicho, de los años que te han ido modificando conforme has tenido otras vivencias de otro orden cultural al que estabas acostumbrado en esa época; es decir, a tu cultura, la que mamaste. Y por eso has titubeado en contar esta historia desde el mismo momento en que tomaste la decisión de hacerlo: si en primera persona, como te sientes a gusto y como la has platicado muchas veces, o, en tercera persona, para tener el chance de alejarte de ella, o así, como has comenzado en la segunda persona del singular, porque fueron varios, muy juntos, como una familia y tú no eres el personaje principal, tú sólo eras, se podría decir:

la comparsa, el patíño, además, llegaste al final de todo y ni siquiera la conociste físicamente, sólo tu gran admiración por él te permitió casi tocarla. Y se puede decir que era admiración sincera, la de un chavo de dieciocho años que a pesar de andar en el arroyo desde muy chavito, no eras todo lo malicioso que se requería para moverse con seguridad en ese mundo. Y estabas inquieto porque ya se había tardado en su cuarto de hotel, ahí, en la Merced, en ese pinche hotel amarillento, luciferino, olorosamente horrible, y estás viendo el letrero de gas neón y no te acuerdas del texto de Tom Wolfe hablando de lo artístico de esto, y de los anuncios de

gas neón; y no te acuerdas porque a lo mejor él todavía no lo había escrito o lo estaba escribiendo y tú no lo leerías hasta bien entrados los setentas; pero a ti de todos modos te gustaba mucho ese letrero del hotel Yucatán, ahí, en la plaza de San Sebastián. Te gustaba porque daba esas sensaciones de sexo o de erotismo arrabalero, y era bien mágico para las parejitas que fugazmente ocupaban esas camas de sábanas viejas, mil veces lavadas, mil veces tiesas.

Enfrente tenías la otra marquesina también con gas neón, la del cine Acapulco, y al otro costado, casi de frente, el otro hotel, el Sevilla y la piquera llena de borrachos, de

cargadores de la Merced, de putas avejentadas o la panadería con sus olores de bolillos recién hechos, y oscurecida en la noche prehispánica, la silueta piramidal de la Iglesia de San Sebastián, cerrada, con sus puertas de madera, hermética como para que no entrara el pecado que rondaba la esquina, encerrada en su mundo. Y tú frente a esta máquina hundiéndole los dedos, afanándote por recordar todo tal cual; aunque íntimamente sabes que te estás traicionando porque nunca vas a saber a ciencia cierta si así sucedió. Pero qué le vas hacer si ya no puedes aguantar más estas ganas inauditas por decirlo a alguien más que a tus amigos,

porque, a lo mejor, es una forma de deshacerte de esta obsesión, de estos fantasmas que en tus sueños se aparecen y te persiguen arrojándote a las calles solitarias de Jesús María, y oyes los gritos de muerte y de sexo y te despiertas con sensaciones de miedo y no sabes a qué y te dices: estáte tranquilo, tú no tuviste realmente vela en ese entierro y entonces te vuelves a quedar dormido y a lo mejor por esa noche ya no te vuelve la pesadilla. Sin embargo, después de algunas semanas o meses te vuelves a despertar y ves la misma imagen: tú en el auto, esperando a Macho, es 14 de febrero de 1973 y acababa de llover en la tarde, son las

siete de la noche, y te preguntas cómo es posible que llueva en invierno; pero la respuesta la tenía tu abuelita, que con voz popular decía: febrero loco y marzo otro poco. En febrero son las cabañuelas; en febrero se dan todas las estaciones del año o todos los meses o algo así; entonces por eso en ese mes llovía, nevaba, hacía todo: calor, viento, tolvaneras, nada climatológicamente hablando escapaba a ese mes. Y habías sacado el auto del taller de Cucurucho, el mecánico más transa de todo Tepito; pero era compadre de Macho, y éste quería que estuviera bien para esa noche, verdadera noche de Califas. Y Macho seguía allá arriba en su cuarto,

arreglándose como un príncipe, como un caballero águila. Tú no lo veías pero era como si estuvieras en ese cuarto con su cama al centro y dos burós a los lados y una cómoda, y todo a oscuras. Y la luz del baño encendida con la puerta entreabierta arrojando una tenue iluminación sobre sus pantalones recién salidos de la tintorería tendidos sobre la cama; tú habías ido en la mañana por ellos, el saco lo dejaste sobre las almohadas y la camisa doblada en los cajones de la cómoda, y la corbata sobre la cabecera de la cama y el chaleco sobre el pantalón y las lociones y el talco y el rastrillo sobre un buró el de la derecha y el periódico el *Esto* sobre el

otro buró y la revista *Alarma*, casi podrías apostar, abierta en algún artículo sobre los nazis o la mafia, subrayados los nombres de los gangsters Lucky Luciano, Vito Genovese, Colosimo o Rudolf Hess, Goering, etc. Y él allá, bajo la regadera con el agua casi fría, restregándose con la pura espuma de jabón, sin zacate, su cuerpo color moreno claro, como casi todos los mexicanos que viven en la ciudad de los palacios, divinas moviéndose con elegancia padroteril: treinta y ocho años, bien cuidados, como corresponde a un padrote de primera; es decir el número uno, aquí, donde sólo sus chicharrones truenan y sigues intuyendo,

como con pulcritud cierra las llaves de la regadera y toma una toalla con el nombre del hotel a la mitad; la palabra Yucatán le fricciona todo el cuerpo. Sale y mira su cuarto, su ropa y tal vez pensando, con esa mente donde sólo uno sabe lo que trae muy adentro, en esa cita, en ese reto, en ese juramento; a lo mejor olvidándose de que tú estás abajo esperándolo, sentado con las nalgas empapadas de sudor, de ese extraño sudor que te recorre la espalda cuando el miedo es mucho y apenas si lo controlas para no salir corriendo. Y él sabía bien eso porque siempre te dio consejos para que no te acobardaras: «Todos tenemos miedo, aquí, es como

los toreros en el ruedo, todos tienen miedo, sólo que se lo aguantan, ésa es la diferencia entre el cobarde y los que se atreven». Y seguramente él lo tenía en ese momento, mientras secaba su cuerpo; su cuerpo casi temblaría y él podría decir que por el frío, para guardar la galanura; pero estaría luchando por cumplir su palabra, a la cual no se abriría porque sólo las mujeres se abren; de piernas y de las verijas y de las nalgas. Y también los maricones. Y para él, por supuesto, la muerte antes que cometer esa blasfemia, él era Macho Prieto: padrote del salón de baile Califas Dancing Club, su imperio, donde su harem tenía sus

aposentos. Y a ti, en ese momento en que te encuentras escribiendo esto, hasta los pies se te mueven solitos, oyes les timbales y la trompeta larga y melancólica, y te ves en ese viejo Ford del 45 luchando con tu miedo y la plaza de San Sebastián desolada, y a tus espaldas toda la zona del barrio de la Merced, con sus calles desiertas y sus zaguanes oscuros y el miedo imperando y la violencia agazapada y el salón de baile en el mero corazón en la esquina de la tuna y el nopal, es decir: Cruces y Regina; o Jesús María y Uruguay. O Correo Mayor y San Salvador, ahí donde las bodegas de frutas o de verduras quietas y mudas vieron desfilar

los hechos que precedieron a la noche de San Valentín del 73, en el Califas Dancing Club y todo mundo murmuraba: hoy, es decir hace 7 años, esta noche es noche de califas, de califas mayores. Y tú ahí en ese asiento sintiéndote califa cuando todavía ni limpiarle las verijas a tu dama lo sabías hacer bien con la lengua y, por momentos te llevabas tu mano derecha a tu espalda nada más para sentir la cacha de tu fierro; el cuchillo que todo califa carga, nada más para darle sustos a la muerte. Eso decía Macho, y se reía por adentro sin dejar salir la risa, todo en él era agazapamiento. Y lo puedes jurar, está ahí en su cuarto, ajustándose su trusa,

que le recoge sus herramientas en un manojo, dos testículos y una verga en el ejercicio del deber de hacer sudar vaginas. Y revisándose bien las herramientas, para que a pesar del pantalón se note en los movimientos que ahí hay algo que vale la pena en cualquier cama. Ve la loción y la toma; mientras probablemente estará pensando en todo lo que ha pasado en este año, desde aquella noche en que la muerte se le apareció de frente en la voz de Magda, diciéndole con exagerada alarma «La han matado, Macho, la han matado...». Y jurarías que todas las noches durante este año lo ha estado oyendo y siempre reacciona con

incredulidad y no sabe si reírse para sus adentros o mentar madres; y en su cerebro como un remolino sigue la frase en la voz de Magda «La han matado, Macho, la han matado, Macho, la han matado, macholahan matado macholahan matadomacholahanmatadomacholahan matadomacholahanmatadomacholahan matadomacholahanmatadomacho...». Y tiene que recargar su cabeza contra su pecho para tomar aire, para recobrar las ganas de vivir y para tomarse su tiempo para la venganza cantada. Se para con toda la violencia contenida y se dirige a la cómoda. Los movimientos felinos, son como los de un caballero tigre, recoge la petaca y la lleva a la cama, mientras tú

estás bostezando en el auto, acurrucándote, oyendo la hora de la Sonora Mantancera con «*Margarita fue a la fuente al caer la tardecita olerá olerá...*» y Macho, allá arriba, en su cuarto de hotel, abre el cierre de la petaca y saca su colección de cuchillos, su debilidad, gran conocedor de los fierros, guardados en fundas de terciopelo, de todos tamaños; (DIFERENTES DESCRIPCIONES DE CUCHILLO) los extiende sobre la cama, los mira mientras su mente es torturada por la frase de la Magda; «y, a lo mejor, en un ratito de control se acuerda de ti y es cuando tú ya embarcado con aquello de: quién sabe qué es lo que le habrá

pasado, un doctor ronda su puerta olerí olerá...» y fue cuando creíste verlo asomarse para ver si todavía estabas esperándolo; se volvió a su cama y se puso el pantalón de buen corte, apretado de la cintura y con pliegues, como los trajes que usaba Rodolfo Acosta en las películas de cabareteras y rumberas, un poco más estilizados para que no desentonaran con la época (a pesar de la greña larga que se usaba y las canciones de los Beatles y de los hippies); y pues, como ese mundo estaba muy alejado, tan alejado como se siente la Merced del Zócalo, a pesar de que la Merced está a espaldas del Palacio Nacional, así, como si fueran cosas que no se juntan,

como el agua y el aceite, cosas que no se atañen y que sin embargo se complementan para que arda la flama de la mecha de la lámpara que alumbra a Dios nuestro Señor. Macho, con su bendita elegancia, se ponía una camisa inmaculadamente blanca y ya entonces, al cubrir su desnudez, era como si comenzara a ser arrojado del paraíso. De frente checó su imagen de padrotito en la luna de la cómoda, se abotonó los puños de su camisa, abrió la cómoda y sacó un par de calcetines. Caminó lento, y eso tú, Sugi, lo sabías muy bien, era como el andar de un gato silencioso que se desliza sobre las superficies para arañar en el momento adecuado, y no

hacía falta que lo estuvieras viendo porque: cuántas veces te lo había enseñado: No que así, no que asá... Y tú te sonreías en el interior del auto acordándote de sus palabras: «Que desde el momento en que te vean caminar las viejas sepan que eres como una víbora entre las sábanas, en el interior de sus piernas, lengüetazo al sexo solar, Sugi. Usted está todavía muy chavo, pero en este oficio también tiene que haber mucha preparación no nada más es: enchíleme ésta y ya. No, hay que ponerle el sazón, el toque de la casa. Que cuando uno haya pasado un rato en la cama con una mujer ella nunca se olvide de uno, que digan: Ése es bien

ojete pero que lindo coge. ¿Verdad? Entonces ya chingaste, porque tu parte como hombre siempre la va a comparar y siempre que te vean van a sentir cosquillitas...». Y a ti, a pesar de todo, todo esto te daba mucha pena, y eso que pronto tendrías una vieja, que ya iba a trabajar para ti y te iba a dar dinero, y tú, aunque te sentías mal, aceptabas porque trabajar estaba muy cabrón. Y todo eso se lo deberías al Macho, él te la puso en la suerte. Sin Macho nunca hubieran sucedido muchas cosas a tu favor, y por todo eso te juegas el todo por él, no importaba que no supieras bien a bien qué fue lo que sucedió. Y sabes que Macho ya está terminando de

ponerse los zapatos, es de suponer esos botines, como bien dice el zapatero: de padrotito, cosido a mano, de charol, tacón cubano, y sabes lo bien que le sientan para su estatura, un metro setenta y cinco, más bien delgado, en línea, con el bigote tupido pero bien recortado, sin puntas, a la Pedro Armendáriz; y se estira para alcanzar la corbata y de paso toma el chaleco, pura galanura la de este Macho Prieto, puro movimiento estudiado, ya nada en él es al azar, la frescura de sus movimientos radica en la voluntad de galanear y en la bendita necesidad de seguir siendo el número uno, el califa mayor, don chingón, el chinguetas de este terreno... «De la nata

sale el queso y del queso los quesines y de las niñas bonitas brotan flores y jazmines, olerí olerá lerá lerá...». Y tú frente a esa plazuela ves la soledad de la noche, el recogerse de la gente. Sientes que las sombras cubren el imperio de la noche donde hasta el aire se abre y los campanarios de las infinitas iglesias de la Merced llaman a duelo. Y todo lo estás viendo como si estuviera sucediendo ahora, en esta noche del mes de agosto de 1980, en vez de tener frente a tus ojos la hoja en blanco que rápidamente se cubre de palabras y sin dejar de oír el ruido del teclear, tú sigues viendo el auto gris y oyendo el ritmo de la música de la

Matancera y el sudor mojando las palmas de tus manos y tu respiración acelerándose impaciente porque el otro no era manco y también era otro califa, el que se podría decir el número dos, después de Macho Prieto.

Y tú ya querías que apareciera por la puerta de entrada al hotel y, sin embargo, lo único que veías era el fulgor del gas neón bañando la pared del hotel con una mezcla de luz blanca y roja, ambientándolo puterilmente, calle de puta mal pagada, hotel de mujeres cogidas en la fugacidad del ocultamiento. Y a pesar de oír pasos supiste que no era él porque hasta en eso se reconoce el que es califa, y esas

pisadas eran las de un par de pinches amantes en el otoño del sexo; de reojo los viste salir, cada quien partió en dirección contraria, te recordaron los juegos de niño: aquí se rompió una taza y cada quien para su casa... Pensaste más en serio en Macho: duro, cruel, cortante, agresivo, nunca llorar, nunca condolerse, nunca confiar, nunca pedir, nunca de los nuncas hablar de más. Entonces te llegó hasta el interior del auto el olor de la loción que se untaba en el cuerpo, y aunque eso no podía ser cierto era como si lo fuera, porque no podía ser de otra manera, siempre antes de ponerse el saco y anudarse la corbata, la locioncita para la excitación

—el golpe bajo a la panocha y el piquete al culo—, artimañas para la perfecta seducción; en la barba, en el cuello, venga el saco, justo, a la medida de esos hombros, ahora el nudo, el rito de los dioses paganos, esa corbata como una prolongación de la lengua que se mueve al compás que le marca tu boca, otra miradita al espejo, la figura compuesta de trucos y toques; y ahí, en el espejo, reflejados descansan malignamente en la cama los cuchillos, uno de ellos tendrá que escoger, y él los ve de reojo mientras se da la última revisada. Se dirige posteriormente a la cama, toma el de la cacha de hueso, el de las mejores ocasiones, el que

siempre le ha traído suerte, revisa el canto, escoge una fundita de gamuza, lo encinturona en su pantalón, discreto, sin grandes aspavientos, como el miedo de la noche, toma los demás y cuidadosamente los mete en la petaca, la deja en la cómoda nuevamente, deja al rayito de luz que escapa del baño que siga alumbrando su cuarto, ya está en la puerta, echa una última mirada, como las decenas de veces que has visto que lo ha hecho, cierra la puerta sin hacer ruido, con llave, va rumbo a las escaleras. Tú bien lo sabes, ya viene, ha bajado ligero las escaleras y va a salir frente al mostrador enrejado del hotel donde el dueño, un viejo español, estará

cabeceando, con la televisión encendida, en alguna serie policiaca americana. Macho pensará que: «Ese Sugi me es fiel...». Macho arrojará con estruendo las llaves por entre el enrejado, el español despabilándose estirará intuitivamente las manos para acacharlas. Tus oídos recogen el ruido penetrante del choque del metal. Bajaste el vidrio de la ventanilla, apagaste el radio, miraste hacia la puerta del hotel. Macho ya había llegado a la puerta de salida, la entreabrió, se oyó una voz interrogando: «¿Regresa...?». Macho contestó, como siempre te gustó oírlo hablar: «Eso nunca se sabe...». Te dio gusto verlo impecablemente vestido,

abres la puerta del lado del volante, te hace señas para que te recorras, él quiere manejar, tú pensaste que a lo mejor era para desentumirse de los nervios, no chistaste. Echó a andar el auto; resbalándose sobre esa calle lustrosa penetraron las sombras de la iglesia.

CAPÍTULO 2

LA PLAZA DE LA Constitución, Templo Mayor, sabiduría de la historia, piedra de los sacrificios, veneración de los caídos, incondicionalidad del jodido, ahí, en ese cuadrante del poder zodiacal, todo iglesia, todo palacio nacional, toda la noche prehispánica, Macho Prieto, seguido a la distancia por ti, atraviesa la facha de esa catedral casi pirámide, casi iglesia, como un caballero tigre cruza el atrio, con la elegancia ancestral atraviesa el portón que conduce a la nave que da al altar del Perdón.

Ya frente a él, frente a la imagen

religiosa que recuerda la estética de nuestros antiguos, se pone de rodillas y se persigna con toda la devoción de un asesino, con toda la capacidad infinita del perdedor; tú te arrodillaste también, pero nunca sabrás si por acompañarlo o por miedo; el caso es que comenzaste a rezar: «Cuídanos virgencita, que no nos vaya a pasar nada, te prometo que iré a la Villa caminando desde la glorieta de Peralvillo...». Y cuando estabas en el «amén» él ya estaba de pie persignándose de nuevo, impávido o tal vez con fervorosa devoción. Pasó por una pileta de agua bendita, se mojó las puntas de los dedos, se santiguó. Macho te miró al llegar junto a ti, siguió de

frente sin hacerte ninguna seña, la solemnidad del lugar te impidió hablar; él con la presencia del padrote, era un perfecto personaje de esta nave celestial.

Pensaste en lo duro que era a veces, cuando llegaron al auto y partieron en silencio, tú lo veías de reojo sin atreverte a preguntar. Iban por la calle de Pino Suárez, tú ya querías entrar de nuevo a la Merced; pero dejaste que Macho siguiera, era el recorrido lento de la cachondería al que a veces te tenía acostumbrado, como si fueran de caza; las mujeres salían bellas de sus trabajos, con sus hermosos traseros diciendo: a que no me coges. Tómallo si puedes,

etcétera, etcétera.

Las mujeres con su infinita capacidad de mover el culo; en la lubricidad de la mirada cachonda, en el temblor provocativo de los senos prominentes: Mujeres, mujeres, en la prisa de las piernas largas y bien torneadas subiendo los escalones del metro. Mujeres rifleando con la mirada, mujeres con la coquetería a flor de calle, mujeres en la incitación del recato, mujeres en la excitación de la inocencia perdida, mujeres eróticas en el vestir. Mujeres, mujeres, mujeres, con senos y nalgas y piernas y labios y dientes y pelos y manos y lenguas. Y Macho excitado ante el revolotear de la

feminidad urbana; trotando cuerpos impúdicos y Macho incontenible sudando. Tú lo presentiste pero no tuviste tiempo para detenerlo porque en el intenso tráfico de la calzada de Tlalpan todo podía acontecer; lo viste bajar del auto y correr hacia donde iba un grupito de mujeres. Gritaba, gritaba desesperado, tú te recorriste al volante, los autos aullaban, Macho corrió hasta la entrada del metro; el grupo de mujeres volteó a verlo, Macho fijó la mira. Oyes que grita. «Evaaaa», «Evaaaa» y piensas que Macho está alucinando y vuelves a oírlo desesperado: «No bailes con el Conde, no bailes con el Conde...». Y entonces

te imaginas la escena que estás viendo o, mejor dicho la que está viendo él. Eva y el Conde bailan en el andén, o en el salón de baile, o en el pasillo del Metro y los pasajeros o los bailarines se hacen a un lado, los observan bailar como sólo ellos saben, mejor que nadie. Pero entonces tú, contagiado por Macho, apenas si percibes que el Metro, el convoy de carros, anuncia su llegada a la estación y tienes que despertar antes que Macho del alucine y le gritas. Macho está pegado a la alambrada, viendo llegar el Metro, la gente corre y se sube a los carros. Los autos del arroyo asfáltico les pitan porque ya han armado un caos, el desmadre está en su

apogeo y las mentadas de madre de los choferes les valen madre: «Macho, vámonos. Macho agarra la onda. Machooo...». Y Macho volvió la mirada, que era como volver en sí, subió al auto y no te atreves a preguntarle nada. Y entonces para pensar en otra cosa, tratas de imaginarte qué estará haciendo la Magda. Esa puta mayor. Mujer de larga carrera en las camas y las pistas de baile, avejentada: treinta y ocho años, provocativa, mal hablada y unas ganas infinitas de ser amada, de darlo todo, a pesar de que tanto ha dado y nada ha recibido. Acuérdate bien. Seguro, en su cuarto de hotel, también en la Merced, Merced ratonera de este

mundito, de seguro en el ADO, que
quién sabe qué quiere decir esa palabra
pero es el nombre del hotel, se supone el
de mejor categoría de por ahí cerquita a
unas calles de la Iglesia de Loreto y de
la Santísima. Con su cuarto inundado de
luz, quitaba el foco de setenta y cinco
watts que tienen todos los cuartos de
hotel y ponía el suyo, uno de cien;
siempre traía alguno de provisión. Y de
seguro ahí estaba arreglándose para el
día de la amistad, con alguna amiga, tu
amiga, mi buena, tu amiga del alma...,
pronta a ingresar en las filas de la
putería, jovencita, veinte años, feíta
pero de buen cuerpo, vamos, pródigo, de
donde agarrar, buena mercancía para el

negocio. Magda lo hacía por buena gente, sin maldad, porque era la forma que conocía para ganar dinero rápido sin necesidad de tener papeles: «Acta de nacimiento y sin necesidad de ser hipócrita, todos los hombres quieren, y quieren que nada les cueste, te ven de majecita en la fábrica de bolsas de plástico o en el taller de zapatería y te piden las nalgas desde el patrón hasta el chofer, desde el cliente hasta el pinche barrendero; todos se creen con derecho a decir: presta y de a gorrión. Pero, no manita, ya estuvo suave de que te vean la cara; mejor sin hipocresías, que te dicen presta la nalga; tú les contestas: pues te va a costar tanto y si quieres más

o tratamiento especial, pues entonces un poco más, y ahí te la llevas. Yo tengo veinte años en esto y me he dado el lujo de mantener al hombre que me gusta, el que me deja satisfecha. No esperes cariño mana, no, los hombres son ojetes, quieren pelos. Pa' qué nos hacemos tontas, yo te hablo con la verdad manita; a'í tú sabes si le entras al talón. Al principio sientes refeo de que te la estén mete y mete y tú ni siquiera sepas cómo se llama el que te la mete. Yo creo por eso lo único que se pregunta cuando estamos en el trabajo es el nombre, es como una necesidad de saber de perdís cómo se llama el que nos la va a meter, pero luego ya hasta le tomas cariño al

asunto...». La primeriza, abriendo los ojos como si fueran lunas llenas en una noche que va a temblar, y la Magda mascando su chiclote, y moviendo su mano como cortando el viento y viéndose de reajo al espejo de la cómoda y se da un lapizaso allá y una untada de bilé acá y se jala el vestido ajustadísimo, que marca sus carnes derrochadas. Y la Rocío con sus veinte años inventándose ese nombre porque el verdadero es Petra, pero le da pena porque le parecía de india, vamos, de pueblo, exactamente de donde es ella, del Oro, Estado de México: «Ay, manita, yo me pongo Rocío, soy güerita, blanquita, no soy prieta, así no me

confundirán con una najayota...». «O ch'chímica ja ja ja...». Y la Magda prolongará su risa y tú la oirás en tu cerebro como si estuviera sucediendo en esta noche tepiteña en que sigues enfrentándote a la hoja en blanco; pero tendrás que seguir con el hilo de la historia porque estás en la calzada de Tlalpan califeando con el califa mayor, Macho Prieto, y entonces seguirás atrapando la plástica en un cuarto de hotel en la Merced, entre Magda y la Rocío: «Ay manita, cuando vine por primera vez a la ciudad, bajando bajando del autobús que me agarran las nalgas...». «Pues con esas cosas tan grandotas cómo no les has de dar

tentación; yo por eso pienso que sí te puedes ganar unos buenos pesos, tienes buen cuerpo y estás joven...». Y la Rocío con su rostro ardiente trata de preguntar con ingenuidad: «Tú crees que yo pueda... Me dan miedo los hombres...». «Te digo que así nos pasa a todas, pero ya luego aprendes, pura psicología, luego luego, te late quién anda chueco; así es la movida, con el tiempo se aprende». Y la Rocío quería decir que sí, pero se hacía la remolona porque ése es el juego infinito de las apariencias. «Y ahora me vas a presentar a algún califa. Quiero verlos, haber si es cierto que son muy acá, muy cabrones; quiero ver qué tan chingones,

porque a mí me gustan así que sean cabrones...». La Magda se rió extenso, gozando su risa hasta extinguirla, con un borbotón de palabras: «Hija de la chingada, hoy es noche de califas; las verijas están calientes y a mí me gustan esos hombres, los únicos que saben cogerse a una mujer...». Magda se pone de pie y se contonea ante el espejo, es la masturbación mental y del peinado de su cabello saca una punta, una hoja de acero y se la enseña a Rocío: «Ahora vas a saber de la mujer y del hombre, el amor es como la muerte, manita... por eso quiero que vayas, nomás no tengas miedo cuando la veas de a de veras». «¿Qué?». «La muerte». «Por qué».

«Porque aquí así es la vida». «Cómo». «Así, como nos la enseñaron, cabrona...». «No te entiendo». Y Magda como muy señora se larga la pequeña historia: «Una vez hace como año y medio o dos años, más o menos, vino una pinche escuincla, así como tú. ¿Cuántos años tienes?». «Yo veinte». «No, más chica, cómo de unos dieciocho. Se veía como ricachona, quesque hablaba inglés, que había estado en Los Ángeles o San Francisco o San Fernando, uno de esos lugares de los estates, y acá que muy liberal, que no era puta, pero cómo le daba refugio a la nalga, Eva se llamaba... Hoy hace un año que se murió...». Pero Magda se

detendrá en la historia porque un taxista las espera abajo y ya está impaciente dando de claxonazos y las dos putas tendrán que bajar rápido. Entonces, yendo en el coche junto a Macho presentirás que Magda ya va para el salón de baile en compañía de tu futura putita. Y tú mientras te dirigirás rumbo a un lugar conocido que ya te sabes de memoria; lo puedes ver todo porque ése es el poder de la imaginación, ahí no hay obstáculos, todo es válido. Al fondo se ve el imprescindible anuncio del hotel, otro hotel de mala cogida y peordes virginada. Ahí estará la Muñeca, padrotito de mierda, bien vestido como lo mandan los santos cánones de los

califas, un poco de loción y peinado de a rayita, bonito el muchachito, veintidós años, recogéndole el dinero a la puta callejera, mujer joven de veinticinco años pero maltrecha por la guerra de las camas, por el uso cotidiano de ese cuerpo cansado de desandar la misma calle, calle llena de anuncios de tiendas de ropa, llenada de cortinas con olores a frutas y verduras, llenada de casa con montones de telas y rostros narizones y ojos de color. Éste es el corazón de la Merced, donde el árabe, el judío, el español y el mexicano transan, se hinchan de dinero, y ahí esa puta cansada de entrar y salir del hotel se pone de mal humor ante su hombre, el

que le da en la madre, tantas veces como sea necesario para mantenerla contenta: «¿Es todo lo que ganaste...?». Y ella con sus infinitas condicionantes para ser sufrida le contesta: «Es que agarra la onda, apenas estoy comenzando, es temprano falta que salga de los negocios...». Y la Muñeca, califa aprendiz, como se lo dictó Macho, le suelta una bofetada al llegue y una patada en las nalgas, con la elegancia suficiente para impresionar a la dama y al respetable que los observa; porque la Muñeca se sabe observado y envidiado: «Vuelve a contestar así, hija de tu puta madre, y te rompo el hocico...». «Pues no chingues, si bien sabes que apenas

comienzo...». «Ya cállate... tú sabes que esta noche me tenías que dar dinero...». «Sí y chíngueme yo mientras tú te vas a divertir ¿no?». Y por toda contestación recibió con fuerza una bofetada... «Eres hija de la mala vida, te digo que me vuelvas a contestar así y te agarro a patadas, órale, ponte a chambear, todavía puedes recoger más dinero, voy con Macho...». «Claro, papito te manda, papá postizo ya llegó por ti...». Y fue cuando tú, Sugi, arribaste al huerto de las delicias nocturnas y viste a la Muñeca y a su putita discutir mientras las demás mujeres seguían ofreciendo sus caricias.

Macho tocó el claxon y la Muñeca

corrió hacia el coche, no sin antes darle un beso a la dama... y una leve bofetada con una sonrisa de despedida. La dama se hizo la enojada, pero no podía evitar sentirse bien con ese trato. La Muñeca subió al coche, en el asiento trasero, Macho sabedor y muy señor de la noche voltea y con certeza sentencia: «A la mujer, chavito, se le pega para que nos quiera más no para que nos odie... vale matador...». La Muñeca sonrió. Vimos desfilar ante las ventanillas del auto a las mujeres de: vende caro tu amor aventurera. El ruido se alejó del interior del auto. La noche era esa noche.

En la oscuridad, como una piedra angular el rectángulo lleno de luz es alumbrado al escucharse los primeros compases de aquello que suena así: *Tan tantaran tan*. Escancioso sonido salido de aquella trompeta de la orquesta del salón de baile. Poco a poco los grupitos y las áreas de vida se van iluminando esta, esta, esta noche de la amistad y del amor, porque si algo se venera y se traiciona con pasión en este submundo es la amistad y el amor. Las parejas en una copulación interminable se lanzan a la azarosa descripción de la lubricidad, *día de los novios*. Los letreros

anunciándolo se pegan en las paredes del salón, y por si fuera poco hay una manta detrás del escenario, de ese escenario que tú has visto muchas veces y que quisieras describir con la vivacidad que él expelía, con la orquesta en turno, y el grandioso locutor con su poder de seducción, con su capacidad de entusiasmar a pesar de los mil dolores que aquejaban tu existencia. Y la música con los globos multicolores flotando cerca de las cabezas, y los bailarines increíbles de todos colores y sabores y los gordos benditos moviéndose como por un milagro de Dios con sapiencia y sabor, rebota su gordura contra las demás

parejas abriéndose cancha, y las mujeres manoseadas en interminables hileras de manos dejando las huellas de sus dedos en las nalgas cadenciosas, y por supuesto, la pareja estrella y estrambótica, a la que le hacen ruedita nada más para que vean cómo se baila esto del danzón, la magia y la leyenda con el ladrillo y los sexos juntándose hasta lograr la copulación perfecta con la música, y los meseros, esbirros de la noche, con sus filipinas blancas y tiesas y sus manos haciendo equilibrios con las bandejas llenas de refrescos y cervezas y los vasos de vidrio, de vidrio transparente de la noche, el hueco intermitente de la pasión, el vaso

entraba vacío en la mano del viejo mesero que todo lo sabe, don Simón; acuérdate, te lo presentaron como la biblia bullanguera, el testigo mudo de todas las guerras sucedidas en este imperio de la danza y del sexo y de la amistad y del amor y de la fatalidad y de la violencia y de la agresividad mal contenida y de la verga hecha razón social, y la verija hecha fuerza de trabajo y explotación, sí, ese viejito cabulero es don Simón, el que todo lo sabe y todo lo calla: «Voy atrás, si lo mueve yo lo bato... compermisito, la alegría de la vida se va abriendo paso... De esto no hay todos los días... ¡aguas!, ya llegó el que andaba ausente, el que

llena los vasos de licor bendito joven. Lo otro si le sobran se las llena usted y la divina providencia...». Verdadero artífice del ambiente subterráneo, don Simón sigue su paso serpenteando las parejas. Y tú ahora puedes imaginar mejor que nadie. Sí, haz a un lado la humildad y entiéndelo, éste que estás escribiendo es tu mundo y ése sólo tú lo conoces; a los demás les toca compartirlo contigo, aquí no hay verdad ni mentira, esto es un mundo verbal que inventas esta noche de agosto; porque el que tratas de inventar a lo mejor ya no sucedió así, la noche del día de la amistad, allá en la Merced y sin embargo, tú estás seguro de que así

como lo cuentas sucedió. Mientras don Simón serpenteaba el ambiente de la pista de baile, tropezó con un grupo de mujeres, las llamadas en las columnas de los periódicos fámulas, es decir trabajadoras domesticas; pero dicho en los libros antiguos: sirvientas, increíblemente entendible por la voz popular como: gatas, en conjunto gatigrafías arrojadas de la tierra del hambre y la sed, de la injusticia y la explotación, acotación como reverencia para los poetas con intenciones mesianicopoéticas. Don Simón las dejó atrás y tú bien te sigues imaginando lo que estaban haciendo: mujer morena del vestido rojo escarlata con trencitas

amarradas con listones amarillos y zapatos blancos, buenapiernas y malasnalgas, carfea y sonrisabonita, exclama con entusiasmo televisivo: «Está retechulito, manita, tiene una trompita apapachable». Y mujer apiñonada, como de por el estado de Guanajuato: «Ay, mana, pero el de la trompeta se ve que es ardiente; mira qué ojos de sátiro tiene. A ese papucho le doy lo que me pida, me recuerda a mi primo Romualdo, el del pueblo...». Y tú ni necesitas tan siquiera imaginarte a los beneméritos ojetes de la Orquesta, nada más esperando que zorratierna se resbala de la gatigrafía para darla de alta en la putañería con cuota para la

padrotería. El cantante tropiloco moviéndose, en una farsa cagadadelarisa, igualitito que Tom Jones. Y las fámulas viniéndose en el vacío de la negra noche y entre apenadas y sulfuradas por el esperma imaginado. Y el de la trompeta, ese pinche mamador de tetas a las altas horas de la madrugada, lamiendo su trompeta para darles ligeros calambres a los labios vaginales y clítoris que les acompañan, y las nalgas puestas porque prestan para la orquesta de don Gamboa Campos, y la parafernalia y el irigote del salón de baile se viste de glamuroso technicolor con los haces de luz, de los seguidores que irrumpen como si fueran los cinco

aros olímpicos en el Partenón, en la aciaga noche de la batalla de Maratón o en la matanza de fedayines o como la entrada de las estrellas del celuloide en el Palacio Chino para dejar su huella en el piso, ahora la orquesta recula y queda el escenario libre y las parejas aplauden acompasadamente. La noche comienza, un seguidor con su círculo concéntrico ilumina el micrófono vacío, y ahí, tú bien que ya te lo sabrías de memoria, aparecen el showman del Califas Dancing Club, con la agilidad del gamo viejo y la gracia arrabalera del perro callejero. Ahí está la sonrisa que cubre todo el panorama y el aleteo de sus manos que agita el ambiente, con sus

pasitos chéveres y sus desplantes de gran bailarín en la cama: Aunque dicen que le gustan los niños. «Muy buenas nocheeeeeeees damitas y caballeros que las acompañan, Jorge Tianguistengo González se complace en darles la bienvenida a esta noche de gala, de amor y amistad, donde las manos se entrechocan y las sonrisas van acompañadas de un fuerte abrazo sincero: Aaaaaay, ay, yaaaay, caballeros no me alboroten el gallinero que don gallo anda suelto. Jorge Tianguistengo González, a nombre de la empresa de este su salón favorito de baile, Califas Dancing Club, les recomienda que el caldo de gallina muy temprano se aceda.

La noche es larga y las camas amplias, y ésta, su pista de baile cuadrangular para que las lindas parejas que nos acompañan se desplacen como por su casa... Y que suene la música maestro Gamboa Campos...». Y todavía resuena en tu cerebro esos célebres timbales... «Y ahora con ustedes la gran orquesta...». Y todavía te admiras de los pasitos llenos de galanura de Tianguistengo, pura acrobacia rítmica, puras ganas infinitas de apantallar al respetable, se para en el punto y seguido de la música y como una estatua nostálgica del tropicana habaneril, grita en despoblado: «Del maestro Gamboa Campos... heeeeeeeeeey familia,

Danzón dedicado a los califas que cruzan las pistas de baile y no gastan las suelas de sus zapatos...». Y la música como un aleluya haendeliano le da prestancia a los príncipes del lugar, a los representantes de Mahoma, aquí en la tierra como en el infierno, y entonces la gracia del señor de las tinieblas, príncipe de Aquitania, se disfrazó de la elegancia arrabalera. Y tú te sentiste como en Hollywood; la esplendorosa arena de la vida se abría majestuosa, el séquito era impecable, tú y la Muñeca cubriéndole las espaldas, vigilándole la respiración; oliéndole sus sudores sulfurinos nostradamunamente tenues, espoleando el cuerpo arrogante de

Macho Prieto, príncipe azteca de la noche danzaril. La pista se abría ancha y curiosa. Se sabe observado. La calma lo viste con sabiduría, él es el dueño del lugar. Las parejas dejan momentáneamente de bailar porque su magnetismo violentamente los obliga a mirar hacia la entrada. Sí, cabrón, porque tú ibas muy chicho con tu fierro caliente sabrosito, para llenarlo de sangre si alguien más se metía. Los rumores de admiración y el chacoteo del secreto les llegan a los rostros; pero ustedes, al fin califas del fango, se sienten cobijados por la calumnia y las habladas: «El es...

Tienes los güevos bien puestos

Eva lo quería a él...

Tú cállate nadie sabe a ciencia cierta qué fue lo que pasó.

Dicen que ella se mató solita.

Macho dice que fue el Conde

Conde dice que fue Macho.

La mujer es cabrona y más el que la aguanta

La muerte es una puta que nunca se olvida de cobrarte la venida».

Los murmullos eran la cobija de su desgracia, y tú y la Muñeca se abren en abanico para fiscalizar el peligro; aunque Macho sabe que lo que tenga que suceder sucederá. Fue entonces cuando

lo miraste a los ojos y fue como si estuvieras percibiendo lo que él veía en lugar de lo que había en el centro de la pista, el rictus de dolor contenido de Macho te lo confirmo. La pista estaba vacía y el ataúd al centro y los cuatro cirios encendidos, como en la canción de Javier Solís, y los califas haciendo guardia ante el ataúd; el Conde a un lado, en la esquina derecha, tan galán como siempre; y tú entrando al cuadro como en una película; el muchacho, el valiente, el vengador, entrando de golpe. Y adviertes cómo ve a Conde con rabia, y no te da vergüenza escribir frases hechas, así como éstas, de descriptivas: Macho Prieto, era un perro lleno de

rabia que se avalanza sobre el Conde; pero los demás califas por respeto a la difunta lo detienen. Tú sabes, hay que dejar descansar en paz a los santos y fieles difuntos. Conde nunca se le abre, siempre retador, siempre sin mostrar su miedo; él también estaba acostumbrado a la violencia, al miedo, al submundo de esta ciudad. Y casi podrías asegurar también que siguió sus consejos: el que se enoja pierde, y se controló. Macho era así, hecho al control de sus emociones, saca con seguridad su fierro, el de cacha de hueso y se lo brinda al Conde al estilo de los viejos fierreros del rastro de la ciudad, clamando su venganza. Conde le acepta el reto. Aquí

los califas se la rifan en serio, la vida, la vida rastrera, la vida con el único chance que te da esta sociedad, el de la muerte colectiva, el del suicidio inconsciente como una protesta social, es decir, política, es decir, impotencia. Y Macho sigue mirando descarnado al centro de la pista, mientras tú le mirabas los ojos recordando lo que te contó la Muñeca, cuando juró su venganza y Conde le aceptó el duelo a muerte como si fuera un duelo de cowboy, como en aquellos programas de televisión *Tucson Arizona*, *El hombre del rifle*, o las películas de vaqueros. Esto era así en tu recuerdo, un duelo de califas, de cuchilleros, los murmullos seguían en el

día de San Valentín. Macho y la galanura caminaban de la mano por esa pista de baile rumbo al lugar de los elegidos de Mahoma, a un lado de la barandilla, lugar estratégico para la lucha. Desde allí se vigilaba casi todo el salón. Sólo había un lugar al que no podría ver pero eran los terrenos de los otros. Los príncipes de la noche llenaron con prestancia la mesa.

CAPÍTULO 3

MACHO PRIETO, el del gran señorío de la noche, el de la figura arábica en el velo de la sensualidad, el que periscopeaba como un gato sobre las cornisas del templo mayor, despabiló el ambiente con su presencia impactante, sentado en esa mesa junto a la barandilla que brinda una panorámica increíble de lo que es la pista rectangular del Califas Dancing Club. Y a sus costados, como dos alas de águila recogidas, nosotros, los de este lado de la venganza: tú y la Muñeca. A ti, al que está escribiendo este relato le parece todavía estar

viviendo esas escenas, ese miedo ahogado, ese recelo por la Muñeca, ese padrotito de barrio, chavito de veintitantos años, muy creído por lo bonito que era, muy haciendo sus actos a lo pendejo; pero con harta suerte, ahora sí como decía ese Macho, esa noche, ahí presidiendo esa mesa, con ojos de gato avizor. Lo viste regar las palabras sobre la mesa, con esa lentitud al hablar que le daba el sentirse dueño del lugar, el ambiente, el ser mantenido por varias mujeres. Era como si sus labios besaran las palabras: «Suerte me dé Dios, que la vida yo me la juego». Y así era el Macho, casi la religiosidad, casi el misticismo, casi la violencia celestial,

la agresividad amaestrada. Los de las mesas contiguas los veían, eran clientes del lugar a los que nada más les gustaba ir a bailar o gente vaga o trabajadores a los que les gustaba mirar después de estar ocho horas en las fábricas, o violentos hombres de la Merced que querían encontrar algún estómago para descargar su furia contenida detrás de una fría hoja de acero y sentirse recompensados por la tinta sangre. Esos rostros mal encarados fueron los primeros que te enseñaron a tenerle miedo a la noche; rostros cabrones, conformados en la agitación de la vida urbana, en la sobrevivencia de la calle, rostros de mirada aguerrida, con ínfulas

de «qué me miras güey...» como ese gordo grasiento, seguro cargador de la Merced, madrugador de la vida. Sí, ése, el de tres mesas a un costado de ustedes, que los mira con unas ansias infinitas de que Macho se fije en él, aunque éste ya se había percatado de su presencia; Macho ya quiere gritarle que existe, ese gordo violento que para hacerlo obvio, ahora —después de 7 años lo entiendes—, le avienta sus mocos, esa seña con la mano encogiendo los dedos y enseñándole al ofendido la concavidad de la palma de la mano. Y tú bien sabías que el otro, el de la mesa de junto, para quien fue la ofensa, ya tenía sus años en el Califa, y ni tardo ni perezoso se los

regresó, hombrecito de treinta y tantos años, chaparrito, delgado, que se asemejaba a un perro chihuahuero. El cargador se paró, fue hasta la mesa del chaparrito y lo miró; el chaparrito se puso de pie pero en el estarlo pensando y en el hacerlo, ya tenía el descontón en plena boca; sus nalgas fueron a rebotar contra una silla. Macho los miró, y te dio a ti una palmadita de tranquilidad, como diciendo: no se vayan a meter. El cargador, con el rencor y la impotencia, soltó una patada en pleno rostro al hombrecito que iba rumbo al suelo, los demás hombres de las dos mesas, se apresuraron a sujetar al cargador y ayudar al hombrecito. El cargador buscó

la mirada de Macho, y éste lo miró y le guiñó el ojo, o me pareció, o le pareció al cargador, quien se dio por satisfecho y alzó su mano para saludarlo, escupió hacia el hombrecito todavía aturdido, y se fue a sentar a su mesa. El cargador sintiéndose importante, giró su cabeza al estilo Macho Prieto y llamó al mesero, al viejo don Simón, quien desde las mesas lejanas había observado todo, rápido llegó hasta el cargador, miró a Macho como señalándolo con los ojos, don Simón asintió.

Y tú observaste todo, y se lo comentaste a Macho: «Ese cuate está muy sácale punta al lápiz, y miró hacia acá...». «Así son, se quieren creer, pero

a la hora de la hora, se abren o se empinan con uno más cabrón que ellos... abusado nada más porque al rato, el chaparrito se la va a sacar...». Y tú sabías que lo que decía Macho era cierto, se la iba a sacar: la espina que le habían clavado pero también la verga para cogérselo; metafóricamente, porque en tierra de machos lo importante es meterla no sacarla, no sacarle. Meter las manos, el fierro, las patas, la cabeza; la de tu miembro y la de pensar. Todo eso sucedía, era como si en el ambiente estuviera el alfabeto, el aire lleno de signos para hablarse sin necesidad de las palabras, puros gestos, puros ademanes, puras señas, puras mentadas,

puros «quién vives». Llegó don Simón hasta la mesa de ustedes con unas cervezas frías, las dispuso con sus respectivos vasos para los tres: «Las manda sanjaseo...». Y diciendo y riéndose miró nuevamente a Macho. Macho sonrió: «A los caballeros se les respetan las atenciones, porque sino se emputan, ¿verdad viejo Simón?». El viejo Simón con su trapo limpió lo mojado de las botellas y sonrió; luego murmuró: «Los que orinan caminando no hacen hoyo, Machito». «Ese chaparrito es picoso y silencioso...», afirmó Macho. «Cual debe de ser, el que grita hace ruido, y el cuchillito ni pío dice...». «Así es, don Simón. Para

bailar un buen danzón no hace falta la música, ésa se lleva por dentro, lo único que se debe de enseñar es la mujer para ver a quién se le antoja y quién paga más, lo demás como si uno fuera parte de la noche». Las dos apocalípticas figuras respiraban pura sapiencia padroteril, pura putería hecha al amparo de las enseñanzas que da la vida, en este barrio, en esta ciudad. Era un diálogo murmurador entre dos que sabían y sonreían de pura amargura acumulada. Macho miró hacia la mesa del cargador que lo había estado buscando insistentemente con la mirada pero que Macho, sabiéndolo, no se había dignado verle hasta ese momento en que la figura

del viejo Simón se comenzaba a alejar. «Saluda pendejo...», murmuró Macho con una sonrisa... desde el otro lado el cargador sonreía ampliamente y esperaba que todo mundo hubiera visto cómo Macho brindaba con él. Gritó: «A nuestra salud, Macho...». Macho lo miró condescendiente. El cargador se sintió más importante que nunca y se sentó, como diciendo «Eh yo también soy un cabrón, un hijo de la chingada, un padrote, un cinturita, un macho, un hijo de su reputa madre, un califa, señores; sí, un califa mayor. Macho Prieto me saludó, me santiguó, me dio su bendición...». Macho ya estaba hecho en esta ley, y nos sabía tiernos... Nos

miró, sí, hijo de la chingada te miró, y tú te frunciste, porque agachaste la mirada, y la trasladó a tu cuate, al ojete de la Muñeca; éste sabedor, más tiempo en el asunto, sin tapujos, queriéndola hacer a como dé lugar, le aguanta la mirada a Macho. Macho ordena: «Saca a bailar a aquella mujer, Muñeca...». Y era como si a tus ojos se hubiera aparecido como por arte de magia, ahí, debajo de la pista, recargada en un pilar, una mujer sola, veinticinco años, bien dispuesta del cuerpo, un poco espantada, indecisa de dejarse llevar por el ambiente, cruzada de brazos. Era como si ahí hubiera estado siempre desde antes de que entraran y no la hubieran visto ni tú

ni la Muñeca, como si Macho desde un principio la hubiera estado analizando sin que nos diéramos cuenta: «La que está recargada sobre la columna tiene rato de estar parada sola, vino sola; busca hombre aunque ella no se atreva a confesárselo...». La Muñeca la observó y refunfuñó: «Noooooooooooo...». Macho, sonrió con benevolencia y lo palmeó: «Ooooh usted sáaaaaaquela». Y tú para quedar bien con Macho te apresuraste a decir: «Yo vooooy Macho...». «No, Sugi, deja a la Muñeca». Y se dirigió a la Muñeca: «Esa vieja es casada y a lo mejor dejada o mensa, mensita...». Macho te hizo un guiño y empujó a la Muñeca. César, que así recuerdas que se

llamaba la Muñeca, bajó muy califa la escalerilla y se fue rumbo a la dama solitaria. Los dos vieron, tú y Macho cómo la Muñeca estiraba la mano y la dama se negaba. Podrías jurar que le dijo: «¿Bailamos?». Y la dama le contestó: «No, gracias, a la otra...». Y la Muñeca se sintió ofendido en su calidad de galán y omnipotente se alejó. Macho sonrió y cuando la Muñeca llegó ante ustedes lo interrogó: «Ps ¿qué pasó?». «Esa vieja se cree virgen...». Y el César se sentó de mala gana. Macho lo cabuleó: «Uuuuuuy usted es maje, de balde tantos consejos, nomás fijese... nomás fijese...». Y en el nomás fijese era como si su presencia resultara

la de un elegido de Huiti, un afortunado, y ahí, en esos precisos momentos sentó cátedra de califear. Desde que se paró de la mesa y echó a andar rumbo a la dama en cuestión, se vio el espectáculo que sólo un macho puede ofrecer. La mirada agresiva, el vaivén de la mano derecha nada más para abrir cancha entre la muchedumbre y el garbo al andar, un andar hecho a la medida de la padroterapia, ni muy muy ni tan tan, pura disyuntiva sexual, pura imaginería erótica. Cuando algún califa se paraba frente a una mujer, el efecto tendría que ser la estimulación clitorica. Macho bajó la escalera y la mar de gente en oleadas de calor le pegaban en el frente

de su cuerpo. A la mujer ni por un instante la perdió de vista, siempre en su campo magnético. Se le plantó a la dama como se plantan los cabrones, y tú sentiste en ese momento una total admiración por lo que hizo el Macho frente a la dama, y para ello sólo se necesitaba una cosa: ¡Güevos! y qué forma de usarlos, sin insultar, sólo para convencer. Y la dama bendita ahí estaba, frente a ése, indefensa. «Vamos a bailar... ¿mi reina?...». Y la reina era un cuerpo abierto de piernas esperando la metida de verga con la resignación total. Y eso Macho lo sabía, ¡y de qué manera! Le meneaba el cuerpo entre el rozón cachondo y el estrujamiento

agresivo hasta hacer de ese deseo femenino una entrega ansiosa y recatada... Dos pasos y el descanso, nada más para sacudir los mocos que se le escurrían, y va de nuevo: dos a la izquierda con el quiebre de cintura para ir separando los pelos de la paparucha uno a uno hasta poderse internar en la espesura de la satisfacción. Rodó sus cinco dedos por todo ese talle hasta ponerla frente a sí. El califa mayor desenvainó la espada, es decir, su bragueta, la puso frente al vientre de la dama y se le repegó hasta hacerla sentir todo el calor de que es capaz de emanar un miembro. Entonces, antes de que el rubor le subiera por las mejillas, dejó

de apretarla y le dio una vueltecita para que perdiera la noción de que estaba pisando suelo. Sonrió Macho... La pieza estaba terminando y no cabía duda, tú lo veías en su rostro, estaba satisfecho. Califear, independientemente de los réditos económicos, le rendían un placer inexplicable. Dejó a la dama rumbo al pilar desdeñosamente, sabedor de los efectos de su presencia y de su don de mando al bailar: «Servida, mi reina...». La señora estaba roja y lo miró entre coqueta y avergonzada: «Gracias...».

Y ustedes, tú y la Muñeca lo observaron con admiración. También advertiste como la Muñeca periscopeaba, viendo quién iba cayendo

al lupanar de la santidad. Cuando miraste hacia donde veía la Muñeca, ahí estaba esa figura aristocrática, el movimiento elegante y la displicencia al trato: Conde, el otro Califa mayor, el de los otros. También muy cabrón, muy hijo de la chingada. Bien, la noche estaba estrellando el firmamento de su existencia, y en eso estabas cuando las palabras conocidas los hicieron voltear con sorpresa: «Uuuuuuy, uno luciéndose y ustedes papando moscas...». «Este eee...», y no supiste qué responder. Miraste a la Muñeca que también tenía la cara de maje y trabajaba las mismas letras «Eeeste eeee...». Entonces fue cuando el Macho volteó a ver hacia

donde estaban viendo ustedes, y ahí te entró la duda, porque nunca has sabido si realmente vio al Conde o no... Macho volteó de nuevo hacia ustedes y cabuleó: «¿Quéee ven a su mamá o a los santos y fieles difuntos...?». Macho siguió aguzando la mirada, como para ver mejor hacia donde estaba el Conde. Tú entonces decidiste volverte hacia donde estaba el otro califa mayor, y ya no viste nada, y volteaste a ver nuevamente a Macho, con la velocidad del rayo, y advertiste que él no veía nada, que no había nadie donde antes había estado el Conde.

Dudaste de lo que expresaba el rostro de Macho, porque cómo ibas a

creer que no había visto a nadie tratándose de un bato que siempre está oliendo lo que viene por venir hacia su persona. Y lo volviste a mirar, y viste de reojo a la Muñeca y viste al otro lado y viste de nuevo a Macho, que entonces transformó su rostro como un gran actor y de la seriedad pétrea pasó a la bullanguería facial: «Voooooy, me voy a morir y ustedes ni pelar un chile verde van a saber... A las mujeres no hay que verlas con insistencia, si ellas nos quieren dar chance no harán sino mover la cola...». En ese momento te pareció fiscalizar a Macho como viendo hacia donde había estado el Conde. Macho, en una milésima volvió la vista de nuevo

hacia ustedes y rió como se ríen los ojetes: de dientes para afuera.

Entonces te pusiste a pensar en los otros, en el lado contrario de la pista de baile, por donde se había perdido el Conde esa noche, y pensaste en los adornos del salón de baile con motivo del día de San Valentín, y pensaste en la amistad, por la que se arriesga la vida, y pensaste en los muchos güevos que se deben tener, y creíste en el amor, y te acordaste que entre los otros estaban la Magda y Rocío, y creíste verlas sentadas en una de esas mesas, solas, puntiagudas, malamadres, engentadas. Y ahora después de doce años deduces todo lo que pasó, como si realmente

hubiera sido así. Conde, risueño, ojete, culero, malamigo, llegando y cachondeando a la vida, a la muerte y a las viejas, que todas son lo mismo, vagina por donde se les vea. Y la Magda muyhijadesuputamadre y con la Benemérita Rocío, futura puta del México viejo, futura ponedora de pelos y lagañas en las viejas sábanas de los hoteles de paso, futura mantenedora de un servidor, es decir de ti, hijodeture perezosamadrecita. Y ves a la Magda mascando el chicle y cruzando la pierna, enseñando la buenanalga y haciendo gala de lo poco que bien le aprendió a Macho, el palabrerío: «Bien dicen que al gallo hay que hacerle su corralito...».

Y el Conde de mierda ahí, erguido, diostodosantos, con su hermoso traje blanco y la mirada elíptica, sabedor y echador, frente a la puta de la Magda; a su lado la putarrecienambientada de la Rocío, ojiabierta a la duda del individuo que tenían enfrente, sonrió. Conde esgrimió el verbo: «¡No, mi reina... yo no soy ratón de un solo agujero, yo voy a donde me las ponen... Verga me dé Dios que de la nalga yo me encargo...!». Y diciendo y haciendo, haciendo el circulito de la vida, donde todo buen bailador demuestra que el ritmo parte del cuerpo no de la música, hizo dos pasos chévere y después al vientre le puso jícamo, los movimientos eran

cogiendo bailando. Magda era puta y sabía oler el sexo y le dijo a la Rocío: «Ese Conde ya se hizo padrote internacional». Conde sonríe y lanza la galanura padroteril por toda la pista; estira sus brazos y chasquea su lengua, y después la pose elegante hecha de una pieza: «La Merced no es todo el mundo, pero aquí se aprende bien...». Y el Conde se arrima con su cuerpo provocativamente hasta rozar con su bragueta el rostro de la Magda, que sonríe y sonríe inmóvil: «Nada más, esa Magda, para que se recuerde que así como lo nuevo lo bato...». Magda ante el vientre ondulatorio, murmura: «¿Quieres chocolate?, pues... ¡paga lo

que debes...!» y diciendo esto trató de jalarle la bragueta con un movimiento rápido pero sólo era un intento por espantarlo. Conde reculó con elegancia, giró dando la espalda y volvió de frente al darse cuenta de que se había ido con el engaño; se sacudió la bragueta, sonrió, su lengua era presta: «Para un califa el crédito está en la sapiencia... la lengua, la rodilla, el dedo, la nariz, los ojos, la boca, los pies, no nada más con esto...».

Y se toca la bragueta. Pero Magda, de la vida también sabía un rato largo... «Claro, las mañas las da la vida...». Y Conde seguía con sus movimientos irigotudos. Rocío era la muchachita del

pueblo que impunemente se aburría, y que ahora está azorada en el farragoso lupanar del arrabal: «¿Qué les pasa? ¡Vamos a divertirnos! Quiero conocer al ese Sugi...». Magda, sabía de las reacciones humanas como una puta consumada: «Las palomas también las matan...». Y Magda diciendo y viendo y revirando para con la Rocío... Conde para en seco su movimiento y la mira, sonríe, vuelve a agarrar su ritmo y desliza sus palabras: «O se mueren solitas... digo, si no es que estás con quien ya sabes...». Magda abre sus ojos de puta amargada y refunfuña en todo la extensión de esta palabra: «Pa'lgato el ese Macho, pero que nadie le niegue su

chingonería...». «Lo quieres, lo quieres, lo quieres, lo quieres, mi buena Magda; odio y amor parte de una misma parte, del sentir...». Y Rocío no daba crédito, era como si estuviera situada en la torre de Babel. Y Conde remataba: «Pero ya verás, lo que bien se aprende nunca se olvida... La paloma llegó solita, yo nunca la busqué...». Sonríe la buena de la Magda; podría jurarse que más para sus adentros que para que la oyera Conde dice: «Macho vino a matarte... tú mataste a la paloma. Y tú lo quieres matar, quiero ver que lo mates...». Rocío abrió lentamente la boca... «Pero si tú siempre has dicho que el amor de tu vida a sido Macho...». Conde: «Un

Califa nunca se abre...». Magda: «Ya es la noche...». «Seguro mi reina, ya es noche de Califas...». Rocío, sin entender, vio en Conde la elegancia en el vestir que tanto le fascinaba de los califas, y lo vio sonreír y bailar. Ya después te lo contaría, en la cama, cuando ya era tu puta y te mantenía y ya había pasado todo. Esta noche era una noche pasada y comenzaste a hacer apuntes para escribir tu versión de todo esto. Rocío siguió abriendo la boca desmesuradamente y la música comenzó a oírse y a entrarle por toda su boca por todos los poros y el ambiente era ambiente de día festivo. Magda, como la diosa luna, se acercó a Tezcatipoca y

bailaron juntos, con sus cuerpos húmedos por la transpiración, la danza del odio.

CAPÍTULO 4

«UUUUUUUUUY UUY UY UY, señores y señoras, éste es el chacacha del tren, vamos a chacachear, moviendo la cintura y los pies. Éste es el templo del califato, del califato del tren... Yaaaa los califas van cayendooooo a la viña del Señor... Muuuuuy buenas tengan esta noche, respetable público del Califas Dancing Club... Daaamitas emperifolladas saquen el compás, el compás del tren... porque en el día de San Valentín debe reinar la alegría guapachosa, gracia del espíritu... ¡Que viva! ¡Que viva, la amistad! ¡Salud!

¡Dinero! ¡Amor! Y no olviden que un beso de mujer es la gloria, y su mirada un embrujo divino... porque en este su recinto sagrado de la música tropical a la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa... Chacachacachaca...». El locutor del Califas Dancing Club acababa de hacer su entrada triunfal en el ambiente. Los músicos eran las estrellitas de la noche que musicalizaban las pasiones... Magda lanzó una amplia sonrisa al tiempo que le echaba el brazo por el cuello al Conde: «Órale, ahí te hablan... ni con el pétalo de...». «A mí que me las echen encueradas...», agrega, agitando la mano a la altura de la bragueta... Magda exagera y exclama:

«¡Aaay, majadero...!». «La empresa de este salón se complace en comunicar a su distinguida clientela que ahora habrá premios... premios como un presente del mejor salón de baile de la ciudad de la tuna y el nopal... Para nuestra ilustrísima clientela femenina tenemos lápices labiales de la prestigiada marca Picochulo, con su color rebanada de sandía... y para los galanes un bonito tarro de mantee... perdón, digo, de vaselina sólida, para todos aquéllos que se quieran parecer a Carlitos Gardel...». Y en medio de todo ese parloteo tú estabas en el lado contrario, pensando, pensando ¿qué iría a suceder esa noche? Y revirabas para ver a la

Muñeca, que estaba muy sospechoso. Luego viste al Macho y te conmovió, te conmovió por ojete.

A continuación le susurraste al oído: «¿Qué así huele la loción de Pérez Sánchez, o está enfermo del estómago?». Y no era tanto la pregunta como el hacerle sentir que allí estabas, ufanándote de que la podías hacer. Pero ahí también estaba la Muñeca, inflado, fatuo, muy sácale punta al lápiz: «No, así se zurra seguido, es su chamba. Aquí la fiesta es diario...». Y en la respuesta entendiste que esto, en esta noche, realmente era una fiesta, donde ustedes eran los convidados y el Conde y Macho eran los padrinos, los que tenían que

sufragar los juegos pirotécnicos a nombre de la niña de Guatemala, la que murió de amor. Eva, exacto, era el gran agasajado a la que le serían ofrendados la ambrosía y el néctar que escurrirían de los cuernos de la cabra Amaltea. Cuernos en señal de traición.

Y el rey desde su trono izó la mano para que todos calláramos, «Chantala, Muñeca, el Sugi es así, ni más ni menos...». El rey echa un vistazo a su reino, ve el encordado, encerado, lustroso, listo para deslizar los zapatos de charol y mover la pelvis, en una danza de ombligo en la cual él es agraciado... Luego agrega: «Aquí el que se enoja pierde... porque la muerte está

hecha a la medida de tu pedo... La muerte es lo de menos... tu pedo... lo que no te deja estar a gusto es lo que te duele». Y el rey sarraceno, vio en el oasis el pasado, el recuerdo de lo vivido y entonces se vio a sí mismo recargado en la pared, a un lado de la entrada emperifollada del Califas Dancing Club, y se vio como lo que era, un califa... Y entonces, eso lo puedes apostar, Macho Prieto se acordó del momento en que Ella llegó en un taxi, por sorpresa, sin que nadie, supiese quién era, qué hacía, qué quería. Llegó vestida muy de onda, muy de minifalda, muy peace and love, buena pierna, buena nalga, buenas chichis, carabonita, puesta

para la orquesta, mínimo quinientos diarios de ganancia, puros, a ojo de buen cubero. Todo eso lo vio y lo pensó Macho; pero se podría jurar que Ella nunca percibió la atención de que fue objeto por el califa mayor, porque a la mujer ni todo el amor ni todo el dinero. Ella abrió la puerta y se bajó con las piernas abiertas de par en par, como dicen que acostumbran las americanas y las europeas, evidentemente se le vio el bosque noruego y los campos de fresas. El rey era una morsa en toda su majestuosidad, el colmillo se le retorció de sabiduría. Sin ver viendo se estaba limando las uñas. Ella lo miró fijamente. El taxi partió. Ella continuó mirándolo a

los ojos y caminó rumbo al interior del salón. Macho siguió limándose las uñas, se supo observado. Un bolero baboso se le acercó para ofrecerle su boleada. Macho sube el pie al banquito, el bolero le dice con admiración: «Le tiró la pantaleta, la gabachita...». «Psss... ¿cuál?». «¿No usa, verdad?». El califa sabedor de todo, sonrío. El rey, califa de este califato arrabalero vuelve al presente, el oasis se desvanece en una interminable hilera de sonidos que penetran en sus oídos. Entre ellos están los del locutor, que baila alrededor del micrófono. Macho mira a sus compinches y mira, mira el escenario de la bullanguera faramalla, donde Pérez

Sánchez hace gala de su verbo: «Bebamos, valedores, la copa de la alegría, agarremos y cobijemos a nuestras damas hasta que los cuerpos se cansen, porque como diría la gran Celia Cruz, la vida es un lleva y trae. Y para que vean que la vida es una fortuna que rueda, invitamos a todos nuestros concurrentes, al bonito concurso que la empresa de este recinto del amor y el baile ha organizado... Ah, ah, perdón antes unos recados que aquí el bello personal tiene de parte de los galanes: Que dice Martín, el pescador, el de las tumbas de la orquesta, que a todas las tumba, que le diga a Lilia que la espera a la hora de la salida que ya sabe para

qué... Y seguro caballeros no ha de ser para algo bueno...». Y tú, Sugi, estabas con un ojo al gato y otro al garabato porque a pesar de la tranquilidad a ojos vistos, se sentía la intranquilidad a través de vibraciones transmitidas por cuerpos intranquilos... La voz de Pérez Sánchez sonaba como un eco de todos los protagonistas de este drama y eso sólo ahora que los estás escribiendo lo percibes con conciencia, te acuerdas claramente de cómo Macho tamborileaba sus dedos sobre la mesa muy quedamente, y cómo la Muñeca miraba y reviraba y amiraba y desmiraba y carburaba, y cómo entre risas los asistentes, con sus miradas

atrapaban todo el rencor de Macho, y continuaban riendo como si nada, y todo el salón reía en la noche de San Valentín. Y te acuerdas de que recordaste que en algún periódico o revista, ese día en la tarde, habías leído de una matanza muy célebre que ocurrió en la ciudad de Chicago, y habías visto un programa de televisión, *Los Intocables*, con Robert Stack, y viste ese mismo episodio: los gangsters mataban en un garage a otros gangsters el día de San Valentín, y aquí en este salón esa noche, es decir esta noche, en la que está tu recuerdo y tú lo vives a tu manera, como te lo deja vivenciar tu recuerdo imaginativo. Macho está ahí, y estás tú,

y está la Muñeca y están todos los que deben de estar para que se lleve a cabo la noche del 14 de febrero de 1969, en el salón Califas Dancing Club, en el corazón del barrio de la Merced, en la esquina de Cruces y Regina. Lo que ha de suceder, tú diez años después lo estás inventando, en estas hojas en blanco que se van llenando de palabras... Y en tu cerebro resuenan las palabras de aquella noche dichas por Pérez Sánchez a través del micrófono: «Y a la Lulú de parte de Chuy el Maraquero... soy maraquero... que le manda decir que los sandwiches de cacahuete que le invitó le hicieron daño, que por favor mejor le traiga humildemente una torta de frijoles

negros...». Y la orquesta remató con un *tan tan* las palabras de Tianguistengo González.

Y tú, cabrón, hijo de la chingada, comenzaste a cagarte de miedo. Y todo porque nada daba color, y buscaste con la mirada el peligro; entonces te acordaste de tu puta muy querida, la que esa noche conocerías y a la que no te sería nada doloroso metérselo, para dar de alta tu tarjeta de crédito: ¿Necesita dinero? Mete su cosa y a'i 'ta el dinero. Y te acordaste no porque te mantuvo durante un largo rato sino porque una noche en que cogían muy a gusto, te contó, según ella, lo que estaba sucediendo del otro lado del río. Y tú

que la llevaste al río creyendo que era putita y la muy desgraciada resultó Santa. Santa por donde se le vea, santa por milagrosa, santa por buena-gente, y santa por pendeja... Sí, la santa Rocío estaba sentada en la cama, con las dos almohadas contra la cabecera y con sus rodillas dobladas casi sobre sus pechos, y tú metido entre las cobijas porque la pinche luz amarillenta de los cuartos de hotel te molestaba. Ella, como las mujeres enamoradas, recordaba el encuentro de Romeo y Julieta en Ravena, donde Judas Iscariote fundaría la orden de los Jesuitas, que más tarde por 1957 serían expulsados de la ciudad de México por don Miguel Hidalgo y

Costilla. Entonces ella, la puta de Rocío, como buena historiadora, te contó de sus pasiones, y de cómo Magda, la puta más sabihonda de que tengan memoria los cabarets y burdeles de la ciudad de México, estaban en esa mesa viendo como: «Conde era muy cabrón, a mí me cayó mal desde que lo vi; se le veía como lo sangre pesada, lo fanfarrón. Ay, yo no sé cómo hubo mujeres que trabajaban por él. Pues sí, sí atraía porque, pues, tenía su personalidad, ¿verdá?, para una noche no estaba mal, pero para trabajar por él, ps st'a cabrón, ¿no? Aunque te diré... ¡mírame, tócame el pecho, lo tengo calentito...!» Y tú, como benemérito

padrote tuviste que conceder con tu mano atrapando el melón, que ese pecho derecho estaba calentito. Ella siguió el recuento: «El ijo de la chinga... su madre. Nos dejó solas, y se fue a buscar bulla, a la bola. La Magda me dijo: Nooo, mana, ése está más cabrón que Macho Prieto. Macho es m's señor, más cogelón, más para vivir de las mujeres, te trata como reina, te hace sentir mujer, que tienes un señor que mantener, y con gusto le das el dinero. La Magda, Sugi, contaba rete chistoso porque cruzaba la pierna, mascaba su chiclote, reviraba para todooooos laos, seguía con la mirada a quien le interesaba, redescarada: hombre que la atraía,

hombre al que le miraba a lo derecho la bragüeta; nada de cohibirse. Vio las nalgas de Conde y dijo: no está mal, pero el Macho está más bueno, tiene buenas nalgas y unas piernas padres... Y el Conde se perdió de nuestra vista por momentos y luego volvió a aparecer, esta vez junto a unas gatas que desde que llegamos se estaban alborotando por los de la orquesta; de esas pinches criadas que llegan de Chinconcuá, o de Toluca o de Guerrero, y llegan a la ciudad de México y se destrampan y se van a coger con quien se les pega la gana, porque allá en el pueblo nada m's cogían con el padre, el sacristán o el médico...». Y tú, pinche Sugi, sumido en las tinieblas de

las cobijas de ese cuarto de hotel, nada más oías a la Rocío parlotear y la cotorreabas de repente: «Así has deber sido tú, cabrona, porque te sabes rebien la lección». Y la Rocío respingó: «¡Chinga tu madre!, si yo soy de aquí, de la ciudad de México, nada más que nos fuimos para el pueblo de mi papá; pero yo soy de buena familia, estamos blanquitos, veme...». Y diciendo y enseñando su piel morena blanca, y tú le seguiste la corriente: «A ver, quiero ver, déjame ver tu lindo cutis...». Y te enseñó la pierna maciza, y le dijiste: «Ora una vueltecita, déjame ver la otra cara, ahí se ve si uno es blanco o es prieto», y ella con orgullo te enseñó las

nalgas y se las mordiste y le dijiste: «Sí, eres francesa». Y ella entendió el cotorreo y se tapó y gritó: «Ps no seré francesa pero tampoco india...». Y la muy puta se encabritó y tú le diste bola: «Ándale sígueme contando, estabas en que la Magda todavía se la sentía por el Macho y en que el Conde te caía regordo, pero bien que te querías acostar con él». «¡Pendejo, estás celoso!». Y entonces tú te reíste de buena gana, porque a pesar de que no la querías te sentiste celoso; celoso porque aquél sí era un padrote de a deveras, no pinche remedo que de suertazo le caíste bien a la Rocío y fuiste califa por un día... Y Rocío, como toda gran puta, te

besó, la frente como a Dios Padre, y tapándose el cuerpo con las cobijas siguió: «El Conde es así, me dijo la Magda. La Magda seguía observando y yo dirigí la vista para donde veía la Magda, y ya estaba Conde agarrándole las nalgas a las misifusas y éstas respingaron como señoritas. Y qué te cuento que una de ellas se le fue encima a arañazos; no lo hubiera hecho porque el Conde ¡qué cabrón!, como si fuera hombre, le soltó un trancazo a puño cerrado en plena boca a la gata. Las otras criadas trataron de aventársele, pero luego luego los acomedidos las agarraron y las agasajaron con el pretexto de que no las fuera a lastimar.

Magda se reía. Conde me pareció odioso, se sacudió sus ropas para quedar impecable, sonrió y regresó con nosotras: Magda se levantó y yo fui tras ella; esa vez sí me dio miedo el ambiente, se sentía pesado... Magda se paró frente al Conde y le habló: Ya cálmate, eso guárdalo para la hora buena... Yo no sé, pero vi la cara de Conde hacerse fea, como llena de odio; los pinches ojos le brillaban como si quisiera llorar. Yo creo era el demonio dentro de ellos, nunca he visto un hombre que te dé tanto miedo y que a la vez te produzca tanta atracción, como ese güey... Le contestó bien feo a la Magda: Está bien todavía no es la

hora...». Y tú pinche Sugi, estabas oyendo esas palabras de la Rocío tapándote el rostro en la oscuridad de las cobijas de hotel de mala muerte; y no era lo malo sino el olor a muerte lo que te hizo recordar aquello que el pinche Macho te contó en el Café de Chales, allá en Tepito, mientras los rateritos de arrabal entraban y salían con sus cervezas. Ves esos pinches rateritos — comentaba Macho, con omnipotencia, porque se ufanaba de no haber robado nunca— son mierda, no saben nada de la vida, sólo empedarse, sólo robar pendejadas, sólo dejarse extorsionar por todos, sólo morirse a cada minuto. No seas pendejo, la ley se hizo para

respetarla, porque si estás jodido, tú eres culpable antes de que mueras. Usted no se ensucie las manos, eso que lo hagan los pendejos, los güevudos, los inteligentes, limpios, búsquense dos o tres viejas y vivan de ellas hasta que Dios los recoja... Y tú, Sugi, nada más sorbías el café con leche y pellizcabas el bisquet, mientras la rockola vieja y gangosa seguía sonando con la música de la Sonora Santanera. De repente, sentiste que todo el cuerpo de Macho se tensó cuando entró en el cafecito y se paró de espaldas al mostrador y jugando con el ábaco, un hombre bien vestido que, ahora sabes, de espaldas se parecía al Conde. Viste cómo Macho se tentó el

cinturón, seguro, buscando la hoja filuda que quita la vida o da un susto; era como si tú hubieras dejado de existir, y clavó la mirada en la espalda de saco gris. Yo creo, es decir, tú, el que recuerda, que el hombre sintió la mirada porque volteó a vernos, y luego volvió la mirada, molesto. Macho al ver el rostro, se sonrió y murmuró: «No es...». Tú Sugi, preguntaste: «Quién». «Nadie que tú conozcas...». El hombre que nos oía murmurar volteó retador... Macho sonrió... el hombre le sostuvo la mirada y encabronado preguntó: «Qué, ¿me conoce?». «No, se me afiguró...». «Pues buzo...». Macho dejó de sonreír, miró la mesa, me miró, volvió a mirar al hombre

y sonriendo le contestó: «Buzo, ¿buzo con qué?». El hombre se fue acercando: «Con lo que brinque, mi buen...». Macho me miró, y me dijo con una seña que lo dejara, que no me metiera, que quería un poco de ejercicio. Y tú por si las dudas mediste el vaso por si alguien se metía o venía el cuchillo o por miedoso... Macho no se paró, lo esperó; el hombre se acercó y ya traía el puño listo para el descuentón... «Chinga tu madre...» soltó el descuentón; entonces Macho hizo el rolling, así que el golpe dio en la banca, en el respaldo de madera. Macho lo pescó de los cabellos y ahí chingó a su madre el bato ese, porque se palanqueó Macho hasta

hacerle bajar la cara a sus rodillas, las cuales se alzaban; después se la levantó mientras el otro lo trataba de pescar de las ropas y también soltaba rodillazos. Macho entonces metió la cabeza y le dio un cabezazo que lo derrumbó ensangrentado, Macho erguido, sacó su filero, se lo enseñó: «Ya estuvo mi buen, no es con usted la bronca, déjelo así... Sugi, vámonos...». El hombre a lo mejor ni oyó lo que le dijo Macho porque estaba noqueado. Salieron a la calle de prisa... «Vámonos a la Merced; Tepito no me gusta, siempre te sale un bato...». Nos alcanzó el Chale: «Pague, son treinta pesos...». Macho metió su mano en los bolsillos y pagó. Nos fuimos rumbo a la

Merced.

Ya en la plaza de Loreto, en una de las bancas que rodean a la fuente, te platicó todo; bueno, todo lo que él quiso: «Me aloqué pero creí que el que había entrado era el Conde, el que te digo. Ése me pagó mal, ojalá y tú no la vayas a regar... Y no es porque te lo cante; pero a ése también lo recogí, boleaba zapatos en el jardín, por la Soledad...». Y tú miraste los muros inmóviles de la noche; porque tú bien lo sabes, la noche es la misma noche todas las noches y viste el campanario de la cúpula de la iglesia de Loreto, la que construyó Tolsá, e intuiste la larga espera de los ciegos, los que deambulan

por las calles de la Merced para ir a la escuela de invidentes, y viste en la esquina contraria a las putas de Loreto en su ir y venir, mientras sonaba en tu cerebro la voz del Macho y de su amor, amor/rencor por el Conde: «Ese güey aprendió rápido, después de mí seguía él. Yo le enseñé todo lo del oficio, como su padre (y en el *como su padre* llevaba el odio y el amor por el hijo descarriado)... a filetear con la mano izquierda, a no creer en las mujeres, a hacerlas sentir placer para que te admiren siempre». Y tú, cabrón, no sabes si fue el viento o alguien jaló la reata del campanario; pero el chiste fue que la iglesia muda hizo sonar sus

campanas a deshoras, quiero decir que te asustaste, cabrón, porque andando, andando en el refugio traías el chingo de miedo dentro, como una calentura que se va y vuelve. Y viste caminar a un pinche provinciano de esos que llegan del estado de Guerrero muertos de hambre, con la violencia contenida y el miedo desatado y la desnutrición hasta los huesos y su mugre en las ropas desgarradas por los días a la intemperie y la amargura del campo en la gran ciudad, en el arrabal. Y supiste que un día de estos iba amanecer muerto ya de hambre, ya por un cuchillo, ya porque así tiene que ser en estas tierras de Dios; entonces la voz de Macho volvió a

entrar en tu conciencia: «Le enseñé a comer, a que no terminara en la cárcel... Había estado en el tribunal para menores, había estado por muerto de hambre, porque no hay otra, o eres o eres; o te haces o te hacen, o cagas o arremedas, o caca o mierda. Y yo, cabrón, lo saqué y le enseñé a vestir, a mirar, a hablar, a pararse; en una palabra, a califear... Me acuerdo bien... Ese día que le di la vida, llegué a la calle de Manzanares, pinche calle apestosa, resbalosa, me metí al 69 hasta la bodega a jugar baraja, entre toda esa bola de hijos de su puta madre, pinches cargadores y dueños de bodega y judíos que dicen que muy metálicos pero bien

que les encanta el juego; nada más deberían de ver cómo los despelucan en las bodegas de los jitomateros. Los miles de pesos que ahí se rifan. Eso sí, casi no toman y los libaneses, llorones como ellos solos, y el Conde, ahí, joven pendejo que ni perder sabía, mugroso, mal vestido, sin porte, sin el caché de la padroterapia, echador porque siempre ha sido echador. Y yo desas cosas que uno no sabe por qué, lo vi con simpatía y le hice un paro antes de que el cosmopolitismo de la Merced le diera una madriza... Lo sacaron a aventones, a la calle...». Y tú, Sugi, viste cómo cuando te contaba esto, al Macho se le iban los ojos de la plaza de Loreto, a las

iglesias, y lo veías instalado en el pasado, en las calles de la Merced, de las que él conocía como si fueran las verijas de su puta, y entendías que su mente era una mente fotográfica: él parado en actitud de don Chingón, levantando al Conde y diciéndole muy rollero: Ya chaval, no la riegue, aquí lo matan y nadie se da cuenta. Déjese de cuentos, póngase a contar su vida... Y de seguro, como el Conde lo miraba burlón, él con toda la calma del mundo, le ha de haber dicho: No seas pendejo. El Conde lo a de ver mandado a la chingada; entonces el Macho lo ha de haber descontado, mandándolo de nalgas. Y en eso llegó la Magda, y esto

lo puedes contar ya casi con certeza porque la Magda se lo contó a la Rocío, una de las miles de noches en las que Magda no podía dormir y Rocío, casi muerta de sueño, la escuchaba en el cuarto de hotel mientras los clientes se entretenían lavándose los trastes en el baño. Y la Magda me dijo: Deja que esos güeyes se laven los chancros, manita. ¡Viste cómo se encabronó el Paco cuando me vio salir con estos monos! Pero no, manita, a ése le doy porque ya soy hija de la mala vida; pero el único es el Macho, es de los hombres que no se olvidan. Donde anda ése la hace, y te cuenta la Rocío que hablaba como si estuviera ahí presente como

para seducirlo. Y tú y la Rocío sabían que la noche de San Valentín ya había pasado y sólo los recuerdos quedaban; pero para Magda eran vivos recuerdos alimentados con el amor al hombre y el amor al pasado, al pasado doloroso que ante el presente doloroso intenta hacerlo agradable. Nunca te he contado cómo conocí al Conde, ¿verdad? Macho estaba dándole en la madre, fue cuando llegué con unos clientes ricachos en un coche, querían que les enseñara los barrios bajos. Entonces me dije, los voy a llevar donde Macho y llegando y presentándoles a los clientes, película de technicolor. Macho dándole un descuentón al Conde. Bajé y le dije a

Macho: Ya párala, ése está chavo para que te agandalles. El Macho me sonrió, se sacudió la ropa y le dijo al Conde que andaba para el arrastre manita. No hombre, como lo conociste ni sombra de lo que era, cualquier pinche bolero de la Merced. Los hombres admirados veían a mi hombre y el pinche Macho, en lugar de darles el verbo, se pandeó, se puso muy orondo, y los mandó a la chingada a todos con el coche: «Chinguen a su madre, aquí se coge y se paga y el circo se ve en el circo; si quieren conocer changos vayan al zoológico» y los hombres bien trajeados se fueron apenados, sin saber qué decir nada más veían al Macho, altanero, soberbio,

importándole madre quiénes eran y cuánto dinero nos podían dar. Entonces el Conde se paró y comenzó a dar contra los del coche. Éstos comenzaron a espantarse y a gritar que se iban y que los había llevado para que los robaran, y a mí me comenzó a ganar la risa sin saber por qué. El Macho le dio de patadas al coche y los hombres entre miedosos y tratando de guardar la compostura se largaron en un arrancón que despertó a la calle que amanecía. Eso me gustaba del Macho, que a nadie se le abría. Me dieron hartas ganas de reír, lo abracé, lo besé, lo quería mucho; mientras el Conde se nos quedaba viendo con una risita mustia. Macho lo

vio, me agarró por la cintura y le dijo: Mi vieja... Conde siguió riendo, se sacudió las nalgas y los tres comenzamos a caminar. Ese día me dieron una cogida entre los dos, pocas veces he disfrutado de dos hombres juntos como esa vez, era como si fueran uno. Nos bañamos entre los tres, apenas si dormimos, porque ya ves qué griterío se oye en la mañana en la Merced, bajamos a comer a la fonda que está a un lado del cine Soledad, pusimos canciones norteñas. El Macho estuvo pensativo como pensando en el norte, en su tierra; y el Conde siempre muy mamón, agarrándole las nalgas a las pobres inditas que la hacían de mesera.

Ahí fue donde Macho le dijo: Ya cabrón, tienes pinta, dedícate a la califeada, les caes bien a las mujeres, les gusta que les agarres nalgas; no a cualquiera le aguantan eso... Mira, a esa prieta no quiero, no quiero, pero bien que se acerca para torear... Y el Conde se reía y lo miraba y nada más se reía, y dijo con su cabeza gacha que lo iba a imitar y que iba a seguir sus pasos, y la Magda, te dijo Rocío que rió y acotó: «P's no está mal», y todos rieron. Y tú y la Rocío cuando te lo contó también rieron por todo, ahora visto desde lejos y entonces tú, que te habías acordado de todo eso en un ratito, aquí sentado en la plaza de Loreto oyendo sin oír la voz de

Macho, que te contaba lo mismo; es decir, ahora que estás escribiendo esto en la calle de Peñón, aquí en Tepito, es como si realmente hubieras vivido ese encuentro entre el Macho y el Conde, y presentes que cuando lo releas sabrás que existen y los que lo lean sabrán que así, sin que así haya sucedido. Y Macho siguió su palabra en la calle de Loreto: «Y el ojete es un malagradecido porque no sabe de la amistad. Y le voy a poner en toda su madre, faltan unos meses para febrero, el día de San Valentín, ese día se cumplirá un año de que la velamos... ¡cuánto hace que te conozco, Sugi, dos tres meses, nomás! ¡Eras igual de prángana que el Conde, y mírate,

aprendes rápido! Este oficio es de verbo y de verga, no hay más. Pero qué le vamos a hacer, así es la vida, hay que seguir. A veces me canso, desde que llegué a la ciudad; no, mentira, desde cuando estaba en mi pueblo, el hambre allá es tan cabrona como aquí, sólo que allá no hay a quién chingar; todos estamos jodidos. Fíjate que a veces siento que me duele haber nacido, digo, está cabrón vivir así. Cómo tú, como yo, como el Conde, como todos nosotros. Duele, no te creas, yo creo, por eso siempre trato de ayudar a uno que lo veo como yo, cuando era más joven o era niño, es que ya estoy harto, me muero a cada ratito, pero qué le vamos hacer hay

que seguir hasta el final... Ándele chaval, vámonos, ya aquéllas deben de estar con la lana lista; hoy es quincena y tendrán clientes pesudos y cachondos...». Me sonrió y salimos para la calle de Jesús María, larga, estrecha, oscura, silenciosa, con unos cuantos deambulando en busca de hotel, en busca de mujer, en busca de iglesia que las hay muchas en esta zona. Un ciego toca su silbato para cruzar la calle, pide ayuda, hago el intento de ir a ayudarlo me detiene: «Déjalo, ése ya sabe de la vida más que tú y yo juntos, ese pinche ciego ya está hecho para este mundo, mi buen».

Y la plaza de Loreto quedo sola y su

ruido, sola y sus putas ladéandose cada día. La fuente ahí dejando caer sus chorros de agua y nosotros caminado.

Viste cómo el Macho se santiguó ante el portal de la iglesia de Jesús María, cómo miró el cielo, cómo galaneó al caminar con una mano en el bolsillo, recortando su traje con la apostura del caballero águila. Unas putas a la media noche hacían su rondín en la acera contraria. Macho las visteó, les hizo un guiño y te apuró: «Ésta es la noche de la que todos sabemos y todos callamos. Mírelas, obedientes, sumisas, pero cabronas a lo pendejo. De eso hay que aprovecharnos. Son nuestras, así se los hicieron creer...». Y el pinche

Macho, a ti nadie te lo va a negar, porque tú lo viste con estos ojos que los gusanos se han de comer: Que se sonrió con amargura. Una sonrisa amable pero jodida. Siguió la cátedra: «Ve a saber... así nos enseñan desde chavitos...». ¿Te digo una cosa? Viste a Macho instalarse en los malditos recuerdos, en el lastre que te conforma como identidad. Y el pinche individuo, se largó, con lo de la Eva: «Yo, mi buen, siempre llegaba al salón de baile, después de pasar revista a mis damas de la calle y de darles masaje a las que van a cabaretear, y llegaba así, al salón de baile porque ese lugar se presta para engancharlas. No hay pierde, quien va ahí ya sabe a lo que

le tira: o busca hombre o busca hombre no hay más. Ahora que unas van porque quieren un ratito de distracción: casadas, dejadas, señoritas, viudas, y las otras que saben de esto, pero no se atreven a confesárselo». Y diciendo y mirándome, y él sabía que tú le querías preguntar y él contestaba: «Ps yo qué sé, yo lo único que sé es que así se da. Las viejas llegan desde sus pueblos o desde sus barrios echando madres, que contra la familia, que contra los pinches padres y contra los hombres y ya de plano contra la vida. Buzo, aquí es donde uno entra, porque uno si es vivo luego luego la toma como si fuera de nuestra propiedad, les gusta sentir que tienen

dueño, que hay un güey que las defiende, que les va a responder, que no se les va abrir, que tiene muchos güevos, y ya cuando la haces sentir que eres su dueño, su hombre, entonces sí dale unas cogidas y unas mamadas de verijas; pero como nunca en su vida se las han dado. Con güevos, porque para coger se necesitan güevos, güevos para aguantarle a una vieja lo golosa que se vuelve cuando descubren que la verga es bella y es hermosa y es el espíritu santo que todo lo purifica; hacerle sentir que ese pedazo de carne es duro y sensible, tieso y jugoso y que nunca se dobla a las primeras de cambio, firmes en el cumplimiento del deber: despacio,

oscilatorio, lento, restregante, atosigante, lastimante, pujante hasta quedar mojado por los líquidos que nunca habían sacado de su cuerpo en toda su vida. Y ponga atención, profesor. La boca y la lengua, con fe sin aversiones, chupar, mamar, lengüetear. En el clítoris, la pinche tripita que se esconde y si las lastima mucho, entonces en los labios besuqueando esas crestas, hasta encontrar lo salado y jugoso en el hoyito, ahí sorba y sorba como cuando usted era niño y le daban el pecho o la mamila. Y si ya no se acuerda, póngase a practicar con una mamila llena de coca cola o de vino o de lo que sea, pero mame. Y créalo, esa mujer será suya, y

ya dependerá de usted cómo tratarla para que no se le suba a las barbas. Como padre, como cabrón o como ojete, o como su hijo. Me cay que también funciona, y más dándoles el gatazo de chavito». Y cuando me terminó de contar habíamos llegado a la placita de la Merced, donde está el convento de las merceditas. Vimos a los teporochos y los muertos de hambre y a las viejas picadas de viruela, y la oscuridad grasienta del barrio. Nos sentamos en una banca a esperar, a esperar no sé qué y siguió en su monólogo: «Después de que se apareció la Eva cuando entré al salón de baile, ahí estaba la flaquita, una pinche escuincla, me cay de madre, una

pendeja. Todos cotorreando». Y en los ojos de Macho adivinas cómo al contar era como si estuviera viviendo el recuerdo y no contándotelo a ti, a su pupilo: «Habíamos varios califas, en bolita, a una orilla de la pista de baile, con el cotorreo que si la tengo trabajando en el Imperio, o en San Juan de Letrán, o me doy mi caché y les aviento que en el paseo de la Reforma... Y es cuando me interrumpen y me preguntan, por la güerita, la flaquita, la muchachita que parece bien putita: ¿Ya la convenciste...? No, al buen del Macho se le está yendo la paloma viva que porque quiere trabajar en una fábrica... Todos nos estábamos riendo

cuando sentí la mano de la güerita, bien putita, me tomó la mía y yo dejándome arrastrar porque no podía negarme, me dejé ir con sus palabras: Vamos a bailar mi rey. Vamos a dejar esta soledad... Y la muy cabrona me comenzó a llevar al centro de la pista, nos enroscamos y comenzamos a bailar juntos para envidia de los presentes, mi buen...».

Íbamos caminando por el paseo de la Reforma entre la glorieta del Ángel y la glorieta de Niza, muy buena onda la chavita: «De niña me gustaba mucho la bicicleta, sentir el aire, bien padre, como un pájaro me sentía...». Me daba mucha risa que me dijera eso, ni quería verla a la cara, me sentía más grande

que ella, digo, en la calle a las seis de la mañana, amaneciendo, con la luz del día, pues se sentía cabrón. Fue cuando un güey dejó su moto reluciente sobre la puerta de un lujoso edificio, medio le echó una cadena y le había puesto el seguro, el güey ese se comenzó a meter al edificio de suites. Eva me decía: «También me gusta la moto, te sientes como si nada te pesara, ligerita, libre, vamos, eso quiero decir...». Ya no la escuché, me adelanté hacia la moto, le boté el pinche seguro y luego le boté el candado de un jalón, me le monté, la eché andar y la mire retándola: «A ver, pinche habladora, vas a manejar...». La pinche escuinclita no se abrió, me

sonrió; que me hace hacia atrás y se trepa, pero maestra en el manejo de la motocicleta, mi buen, ni el dueño ni el aire nos vio. Nos fuimos hasta el puente de Aeropuerto, hasta allá volamos. Buena para la motocicleta la chavita, y ahí en llegando y que apaga la moto, nos bajamos, allá abajo el chingo de gente corriendo como loca, hacia los camiones. Ella dejó que el aire le pegara en la cara, se volvía loca por sentir el aire. Los pinches putos autos pasaban rápido, cercas de nosotros, imagínate a las siete de la mañana en el puente de Aeropuerto. Y cuando vio un avión volar, se volvió loca, y comenzó a recordar: «San Francisco es la locura,

gente alivianada, allá sí están aprendiendo a ser libres...». Fue cuando le comencé a ver la buenapierna, y que me la recargo con el barandal, le metí el pie cuando se bajó de la moto y la amacicé. Ella ni tarda ni perezosa se me abalanzó con sus piernas rodeando mi cintura, me cay, creo que ha sido el palo más bonito que me he aventado, allá los pinches volcanes, el Iztaccíhuatl y el Popocatépetl, claritos, claritos, con su nieve blanquita, blanquita, y la calzada Ignacio Zaragoza, larga, larga, y el sol como que venía de allá. Todo eso se me hizo bonito, ya cuando estábamos terminando que pasa un camión materialista y que nos gritan los hijos de

la chingada: Lléevatela a un hotel, pendejo... Yo nomás me reí, para qué voltearlos a ver; ella entendió porque también se comenzó a reír mientras abrazados descansábamos.

Nos fuimos a la motocicleta, mientras subíamos, me enseñó sus pantaletas rasgadas y luego las echó al aire. Decía la muy cabrona: «A mí no me gusta tener nada». Subimos a la moto, me trepé y le susurré: demuéstramelo. Ella me contestó: Vamos a dejar esta moto aquí en el puente. Yo la piqué: No, mejor destrúyela. Ella rió, le encantó la idea y dijo: Ni pa Dios ni pal diablo, no hay que tenerle amor a las cosas. La cabrona arrancó la moto fuerte

para resbalarlos los dos hacia atrás y la moto salió despedida relinchando hacia abajo del puente, para darse en la madre... Era bonita esa mañana, teníamos un chingo de sueño... Pocas veces había visto la ciudad en la mañana... Y tú, Sugi, viste al Macho sentado en la banca de la placita de la Merced a espaldas del convento de las merceditas, pero no era cierto porque te estabas acordando de él en esa posición, aunque lo estábamos viendo realmente sentado, con su rostro instalado en el recuerdo, en esa mesa a un costado de la pista de baile del Califas Dancing Club, la noche de San Valentín. Tan lo estabas viendo de carne y hueso que años

después, una noche, estás reconstruyendo la escena a través de esta máquina lettera 35, en estas hojas blancas Bond de la marca Scribe. He, pinche Sugi, porque eres un cabrón, y entonces a través de tu máquina te sigues acordando del Macho, esa noche de San Valentín. El Macho murmurando... «Era libre esa pinche vieja, como el pinche aire que le gustaba...». Las damas viejas, es decir, las prostitutas de siempre, tres para ser exactos, llegaron a la mesa de ustedes: La Muñeca, Macho y tú, Sugi. Macho toma a una de ellas, la que se veía más agresiva por los cabellos y le dice cariñosamente: «Te acuerdas de Eva... Nada, no

aceptaba el dinero y, sin embargo, a ti te aconsejaba que les cobraras caro a tus clientes y no me dieras todo el dinero a mí, que ahorraras, ¿sí o no?». La vieja Remedios, con sus dientes muy separados uno del otro, se sonrió y dijo con voz alcohólica; «Sí, así era, cómo no me voy a acordar, la buena de la Evita, la ligerita de nalgas y de todo, esta noche de Califas es su noche...». El Macho le devolvió la mirada a la vieja de Remedios y se tentó su cintura buscando el cuchillo; lo saca, lo muestra sobre la mesa a las miradas de bocas silenciosas: «Aquí está mi saque...». Las otras putas viejas les hacían arrumacos, pero el César, la Muñeca,

siempre prendidito, no quiso que lo siguieran acariciando y la empujó. La dama cayó de nalgas al piso. No hubiera hecho eso porque Macho se levantó encabronado y pegando en la mesa mira furioso a la Muñeca diciéndole: «Mire, cabroncito, en este oficio, a la mujer se le seduce, se le engaña, se le miente, se le hace soñar, se le hace sentir bonita, en una palabra cabrón: se le da una patada y una sobada...». Y eso lo entendiste tú Sugi, porque el Macho era galán, es decir, califa que sabe su oficio, que le gusta hacerlo bien, y que eso no era una pose, sino la necesidad de recompensar a esas mujeres y hacerle ver a la Muñeca que así no iba a ser nunca un

buen Califa, que siempre iba a tener mujeres conflictivas, buscándole broncas cuando se trata de tenerlas contentas dentro de lo que cabe. La Muñeca, tú lo viste, se hizo chiquito, no quería aceptarlo del todo, pero sabía que si quería hacerla, tendría que entender todo lo que le dijera Macho, y viste cómo comenzó a agachar la cabeza, probablemente pensando que él no era más que un chavo de los muchos que hay en la Merced y que trabajan cargando las canastas de las señoras adineradas que van a comprar sus alimentos a la Merced, con sus camionetas bonitas y sus niños güeritos y chillones. Y probablemente la Muñeca

se recordó cómo se calentaban al ver esos cuerpos vestidos con ropa de calidad, subiendo al asiento del volante, dejándole ver las pantorrillas y, algunas veces, si corría con suerte las pantaletas; y cómo el Macho se aparecía por las orillas del mercado de la Merced, como a la una o dos de la tarde, bien vestido, caminando como sólo el Macho lo sabía hacer, cayéndoles a las mujeres ricas mal —porque a lo mejor no aceptan que, en el fondo, sus poses las atraía por el lado sexual—, comiendo su manzana de California recargado en el cofre de cualquier auto nuevo y limpio, sacando del bolsillo de su pantalón, a cada rato, el cortauñas

para jugar con él. Y la Muñeca lo admiraba y las mujeres lo veían de reojo, y se subían a sus coches con enojo: «Qué pesado tipo. ¿Qué anda haciendo por aquí?». Y la Muñeca les daría santo y seña, «Es Califa, señito». «Es qué...». «Califa señito, de esos que viven de las mujeres, padrotes para que me entienda, pero que no le oiga porque se enoja. Él es el Califa Mayor...». «Qué tipos, qué asco...». Y en el asco la Muñeca veía que las señitos lo miraban con curiosidad o, a lo mejor, como la fruta prohibida, o como de «esa agua no he de beber», y luego luego sale la sed. El Macho lo sabía porque se les quedaba viendo, con insolencia, a las

nalgas, al sexo o a los pechos, según lo que tuvieran mejor, y las señitos se sentían violadas, pero no podían dejar de sentirse atraídas, porque sabían que a aquel hombre lo mantenían las mujeres y la Muñeca se entusiasmaba porque: «Verdad que es califa señito, ése la hace...». Y las señitos se iban, rápidas, a su camioneta, se subían, daban su dinero a la Muñeca y arrancaban, no sin dejar de echarle una mirada a ese hombre. Y la Muñeca veía las monedas y miraba al Macho, se iba a platicar con él, ya no tan chavo, ya queriendo saber más de la vida. El Macho solitario lo miraba: «¿Qué pasa chavo, no ha visto a la Remedios?». «Sí, pasó con unos

señores, iban tomados, a comprar unas costillas para asarlas con una salsa y tortillas. Se veía que eran sus clientes...». Santo y seña le daba la Muñeca, porque era una forma de decir: «Aquí estoy Macho para lo que gustes mandar». Y el Macho, como gran sarraceno, te daba su justicia: «Pronto te vas a ir conmigo, te voy a enseñar a ser, a sobrevivir, porque esta vida es cabrona, hay que chingar para no ser chingados. Ni a padres llega uno o, si se llega, Muñeca, es como si ni se tuvieran». Entonces, el gran Macho vio a los padres de la Muñeca, acucillados o entumidos a la orilla de la banqueta, con cara de indios venidos de la sierra, con

sus rostros quebrados y calcinados, vendiendo montoncitos de fruta con sus manos largas de infinita tristeza. Las marchantas recogían montoncitos de cacahuates y sus manos se extendían perezosamente hasta agarrar las monedas y luego, como changuitos de feria, las escondían rápidamente en su regazo si era la mujer, en su pecho si era el hombre, y el hermanito de la Muñeca de dos años pareciendo de seis meses muerto de hambre apretado a la espalda de su mamá con el rebozo y la Muñeca ya muy alzado negándose a aceptar a esos señores como sus padres, ya quería emprender el vuelo: «Ya para que no esté dándole lata a sus viejos». «No no

son mis padres, son unos señores con los que vivo ahorita. Mis papás están en la ciudad de Guadalajara, de allá soy yo, me escapé de mi casa...». El Macho movió la cabeza y le dijo en tono consejero: «No se haga pendejo muchachón, son sus padres, que no le dé pena. Así es esto, ni modo, ahora chínguele». El Macho le tiró unas monedas diciéndole: «Si ve a la Remedios, dígale que la voy a ver al cabaret hoy en la noche, a la hora de la salida». La Muñeca asintió. El Macho era así, aparecía y desaparecía en el momento menos esperado; era como un gato que está acostumbrado a la noche, y eso lo sabía la Muñeca que, pensativo,

aceptaba los regalos del Macho, y le contestó: «Ya ya ya, pare su coche Macho, yo sé que por usted soy algo, siempre tiene la razón, pero le prometo que voy a aprender rápido». Todos callamos porque para el Macho la Muñeca era como su hijo, o uno de los que él adoptaba como hijos para darlos de alta en la padroterapia. Las mujeres se sentían seguras a su lado, con él no había pierde: era putas de los pies a la cabeza.

El Macho sonrió complacido, sabedor de su prestigio, y ordenó amablemente a la Muñeca: «Ya cállate, si no abres el pico no te entran las moscas...». La Muñeca entendió, se

paró y agarró a la mujer que había rechazado, y comenzó a bailar al ritmo del danzón que la orquesta estaba tocando, mientras tarareaba: «Quien más quien menos, todos le debemos algo al Macho, ése si sabe un chico rato de la padroterapia, él si sabe eso de trabajar con el cuerpo de la mujer». El Macho tomó su filero y lo clavó con sapiencia en la mesa. La hoja temblaba clavada, y Macho murmuró: «Son golpes que da la vida, mi buen...». La muñeca siguió bailando con su pareja y todos, contagiados con la frase, la llevamos al ritmo de la música. Sí, porque tú, pinche Sugi, eras fácil de dejarte llevar por la corriente y más con un tipo como el

Macho: «PUM PUM golpes que da la vida, son golpes que da la vida. PUM, golpes que da la vida. Son golpes que da la vida».

Entonces, la Muñeca se puso cachondo y siguió el rítmico cuerpo de la mujer, mientras continuaba tarareando: «Así, así despacito o me voy por lo arribita». Y la mujer, hecha para el cotorreo, agarró la onda y contestó tarareando: «No mi vida por lo bajito, por lo bajito», y movió su sexo como cualquier bailarina de la danza del vientre: «Por lo bajito mi vida por lo bajito».

La Muñeca la tomó, la sujetó por atrás, pegándosela al cuerpo; y seguía

bailando; entonces le preguntó: «¿De quién son?». La mujer, sonriente y dejándose tocar mientras se movía, le susurró. «Tuyas mi amor, tuyas mi amor, si les llegas al precio».

La Muñeca entendió la broma y la soltó, diciéndole con dejo de macho herido: «Canalla, al fin mujer». La mujer se aleja, pero la Muñeca la toma con fuerza y la acerca a su boca, dándole un beso furioso: «Toma tu merecido». Y la retira con desprecio. La mujer se deja hacer y se tiende en sus brazos, cayendo hacia el suelo, y estira la pierna al aire como en una pose de amor fatal y le dice: «Oh mi amor, así págame con el desprecio». Y todos

ustedes, es decir, todos nosotros, palmoteamos la escena y gritamos rítmicamente: «PUM golpes que da la vida, son golpes que da la vida, PUM golpes que da la vida, son golpes que da la vida».

El Macho, como un rey en su altar, mira sabedor; la Remedios, complaciente, se le acerca y le tiende la mano para que la saque a bailar. Y el Macho, como buen Califa, no desprecia a la Mujer, alza el vuelo majestuoso y todo su plumaje se esponja hasta alcanzar las dimensiones del pavorreal. El rumor se fue haciendo olas en todo el salón, todos los presentes fijaron la mirada en la pareja. Macho miró a su

alrededor, como un rey africano, y le dijo a la Remedios: «Vamos a acordarnos, vamos a ver si ese buey ya salió de la barranca». Y la vieja puta le contestó: «Lo que bien se aprende, Macho, nunca se olvida, y menos a alguien como usted, vamos a bailar mi rey».

Ese día los ropajes eran de lujo y, como en alguna corte europea a finales del siglo XIX, el Macho partió con su dama para dárselas de rey, de príncipe de obsidiana, salvaguardián de las malas costumbres y acreedor del mito y la leyenda del cabrón hecho a base de güevos. La masa de súbditos y traidores se fueron haciendo a un lado para

abrirles paso, para que el rencor, la insidia y el odio tomaran sus lugares de honor. Las trompetas, tocaron como por ángeles negros, ejecutaban el danzón *Nereidas* vasto y voluble.

Y a ti Sugi, ante el esplendor de la escena, se te subieron los güevos hasta la garganta cuando entre la multitud adivinaste al Conde que se erguía por una de las mesas, jalando a la Magda, jalándola como un Califa al acecho, con la prestancia del príncipe ofendido. Rocío se quedó iletrada, con una mano en la boca y una pierna intentando subirse a una de las sillas, los presentes, el gran público, se entendió de los contendientes, se hizo el hombre maza,

hambriento de sangre. La Orquesta tocó sus trompetas con ganas y la pista era un rectángulo. La luz pareció más amarillenta y las tonalidades rojizas más rojizas.

Macho estaba en la pista desdoblado las piernas, es decir, tensando el miedo. Conde girito buscando que lo encuentren, trabando sus piernas para destrabar sus miedos. Y las mujeres: la Magda y la Remedios, las dos viejas putas sabedoras, agresoras, sintiéndose por primera vez heroínas de una historia, se miran, se saben cómplices y en el fondo no les importa perder sino desmadrarse.

La Magda pega su vientre con el

Conde y la Remedios contesta con otro arrimón de vientre con Macho.

Tú Sugi, esa noche no entendías tanto irigote y veías y reveías a la Muñeca jactansioso, sobrevalorado limpiándose con el puño cerrado su hocico estupefacto, porque el par de ojeteros no entendían del todo el juego de esos cuatro en la pista, los cuatro seres comenzaron a girar en una conjunción estelar, donde la vida y la muerte eran los elementos rotatorios para dar una razón de ser al sexo. Sus miradas chocaban directo, eran seres hechos para la provocación pura, la agresión desnuda. Y, entonces, la danza, tú lo recuerdas muy bien Sugi, fue la belleza

de los cuerpos marcando sus compases con la sabiduría a ciegas. Las manos eran aves que violaban la atmósfera para enseñar su maneabilidad, y las bocas eran huecos llenos de silbidos esperando el eco para rebotar los sonidos nacidos del rencor. Y ellos, los cuatro cuerpos en la pista, eran quienes eran, porque habían llegado a la hora de definir lo indefinible: la vida.

La muerte, de muchas maneras, los había encajonado en esa danza donde las dos parejas se rozaban, se veían, se agredían y alejaban, porque así era esto, quiero decir: porque la orquesta había terminado de tocar y todas las parejas se iban a sus mesas. La noche de San

Valentín es larga, y el día del amor y de la amistad era un buen pretexto para que el salón de baile estuviera a reventar y muchos parroquianos —cargadores, mecapaleros, rateros, drogos, borrachos y despistados— estaban entrando para hacer la aglomeración y poner el ambiente pesado, cual debería de ser para que la fiesta estuviera en su punto.

Tú, Sugi, con los güevos bajándosete de la garganta, codeaste a la Muñeca que, mustio, te miró; viste al Conde y la Magda llegar hasta la que iba a ser tu adorada Rocío, y sentiste la presencia de Macho con la vieja de Remedios, al detenerse en la mesa de los que cuando llegaron les habían

invitado una cerveza.

«Enton's qué Macho, ¿somos o no somos?». El Macho oyó las palabras con una sonrisa apacible, tomó por la cintura a la Remedios, y contestó: «Somos mi buen, somos», y en el «somos», el otro quiso apuntarse, le brindó un vaso de cerveza: «Órale, échese otra». El Macho volvió a la acción: «No mi buen, una no es ninguna, pero otra ya me quita la forma. Y le voy a decir una cosa, el que es es, no necesita que los otros lo sepan. Un Califa siempre tiene que estar sobrio, sostenes Rocha con la mujer, el alcohol es para los buscapiés, entiéndalo. Los buscones tienen que sentirlo todo,

porque el sexo es tocarse, y para eso no hay nada como estar en sus cinco sentidos; además, mi buen, se pierde la condición física, se pone uno panzón. Yo soy un Califa, no hay pierde, mi buen...».

El invitador se comenzó a reír nervioso, a soltar la carcajada, a tirarse un vaso completo de cerveza por la garganta, y quiso obligar a Macho a aceptar el vaso. «No le saque, otro más». Macho soltó a la Remedios y la empujó hacia nuestra mesa; ustedes se pararon y fueron lentos. Macho los miró y con eso les dijo: «Calmados». Entonces, Macho se volteó y le dijo: «Gracias, mi buen, y si no búsquele

como quiera...».

Macho se alejó. Le comenzó a gritar el invitador. Ustedes se le quisieron ir encima, pero él los atajó, les dijo: «Vámonos a nuestra mesa». «Déjenmelo a mí» dijo la Muñeca. «No», dijo el Macho. «Yo sé por qué». No caminaron ni tres metros cuando se oyó un grito: «Ya regresé cabrón», y en el «ya regresé cabrón» y en el voltear a ver de dónde venía el grito, un cuchillo se iba enterrando en la espalda del invitador, más bien en el hombro. El chaparrito, que al principio había golpeado el invitador, había regresado y había tirado su cuchillo sobre su enemigo. La cuchillada fue más aparatosa que

peligrosa, pero el invitador se puso lívido y, después, cayó desplomado del susto sobre las sillas. Los gritos de las mujeres no se hicieron esperar. Las prisas de los meseros llevando trapos hacia la bolita fueron aceleradas, y nosotros, ustedes, se quedaron sin acercarse, bajo los ojos imperiosos del Macho. Don Simón, el viejo mesero, pasó junto murmurando: «Se los dije, no se lleven tan fuerte. Juegos de manos son de villanos...». Macho le sugirió: «Con el doctor de la calle de Jesús María, ése no es chiva». «A eso vamos Macho», los meseros ya llevaban cargando al herido; el otro, medio espantado, medio en la inconciencia, se dejaba sacar por los

otros. «¿A dónde se lo van a llevar Macho?», preguntó una de las cuatas de la Remedios: «Con el doctor ese, el espantacigüeñas». «Macho, ya vamos, aquí no ha pasado nada». Y no se dijo más acerca de eso, la fiesta siguió.

El estrado se iluminó más ampliamente, los seguidores comenzaron a jugar con sus círculos de luz en el escenario y ahí, saltando como superestrella, el gran locutor del Califa Dancing Club hizo unos pasitos chéveres, y después el desplante que hacía aullar al respetable, cuando con arrebató tomaba el micrófono entre sus manos y abría la boca para lanzar sus gritos contagiosos:

«Sí, señoras y señores, éstos son los amos de las pistas de baile de los salones de la ciudad de México. Porque en estos templos el rompe y rasga es el respeto a la mujer amada. ¡Ay, ay ayyy!, cómo les quedó el ojo. Para esos de los ojos morados aquí está con nosotros la afamada orquesta del Califa Dancing Club que en el día de San Valentín les brinda el agasajo de los tropilocos: La música afroantillana, la música de Cubita la bella. Sí caballeros porque esto es canela y huevo. Aquí en la catedral del amor, donde el que parla se complace en invitar a su distinguida clientela femenina, con el debido respeto que me merecen las damitas aquí

presentes, para su bonito concurso que anualmente se lleva a cabo y que hemos denominado: La flor más bella del Califa Dancing Club. Vamos bellas damitas».

Y el respetable contingente femenino, tú lo viste, te acuerdas bien, se alborotó porque iban a dilucidar quién de ellas era la mujer más bonita del salón de baile, y ellas, todas, se creían con derecho a serlo, a pesar de que casi todos sabían que nada más era el gancho para que los califas recolectaran emergentes de la prostitución. Estaba dicho que las que subían a competir querían ser dadas de alta: «La agraciada damita que resulte

triunfadora recibirá un abono para vivir durante un año en el hotel favorito de la Merced. Je, je, je, perdón, esto era una simple e inocente broma. Lo que recibirá será la admiración de los caballeros aquí presentes como reconocimiento a su belleza, no habrá otro tipo de premios porque no se trata de lucrar, sino de que este premio, año con año, se vaya institucionalizando aquí en éste, su columpio del amor». El locutor se comenzó a soltar bailando. «Sí señoras y señores el máximo maestro de ceremonias de esta muy noble y leal ciudad de los palacios, será el juez supremo. Por favorcito, las damas que gusten competir, que vayan

subiendo al estrado...». De varias partes del salón, las damas, algunas tímidas y otras muy aventadas, iban apareciendo ante las miradas calenturientas de la masculinidad: «Ayuden por favor a la dama de rojo a subirse al estrado». «Vamos, bellas damitas, dejen abajo los complejos, anímense...». Pero tú intuiste que este concurso no iba a ser como los otros, donde Macho engancharía a la flor más bella del Califa, sino serviría para otra cosa. Viste cómo Macho agarró con fuerza a la Remedios y la obligó a pararse contra su voluntad, y ella, asombrada, no nos pedía ayuda sino una explicación, pero el Macho la

tranquilizó con su sonrisa; con mando, la fue dirigiendo entre la multitud que los miraba, oían los rumores, las habladas, y él impasible, como un aristócrata al que las injurias no manchan su conciencia. Depositó a Remedios a la orilla del estrado. Pérez Sánchez se acercó solícito, le tendió la mano a la Remedios para que subiera por la pequeña escalera, miró a Macho, quien sabedor de su mando le susurró: «A'i se la encargo, mi buen». Pérez Sánchez le sonrió con lambisconería, colocó a la Remedios allá arriba y se dirigió, chévere, al micrófono: «Quién más, que de esto no hay todos los días. Esos majes, no las escondan, traigan a sus

puchunguitas, vengan todos, caballeros, que éste es el alacrán...». Y a los músicos, Sugi, ¡que no les gustaba el refuego!, le pusieron toda la música guapachosa de que eran capaces. Ustedes en la mesa, se reían, se dignaban a mirar al personal que con envidia los rodeaba, y los rodeaba porque el Macho era el hombre carismático del barrio y representaba lo que todos ahí queríamos ser, lo que todos desde chavitos alguna vez pensamos ser; el que la hace con las mujeres, el que si tuviera a la muerte en su cama, a la misma que se cogería y le propondría que taloneara para él, y les haría chaquetas a los muertitos para

ganar unos pesos y dárselos a su hombre, porque ése, entre lengua, dedo, rodilla y miembro era toda una gama de recursos para hacer espasmódico cualquier cuerpo de mujer. Ustedes, los presentes convidados a la mesa del Califa mayor, le querían beber la esencia, como si eso se aprendiera y el Macho se cansaba de enseñarlo, y todos pensábamos que él, con el simple hecho de tocarnos, nos daría el afrodisiaco que todo lo haría por nosotros. Él lo sabía, porque era el príncipe de Aquitania bajado a los antros de la Merced, al barrio donde se sobrevivía a fuerza de no querer morir, porque pocos habían nacido ahí, crecido ahí, y los que lo

habían hecho, eran hijos de los dueños de los comercios y habían ido a la universidad y desaparecido del lugar. Sólo los que llegaban de la provincia se quedaban allí, los que no eran de aquí y no habían crecido aquí, pero aquí habían hecho su modo de sobrevivir, y éstos eran la gran mayoría que ocupaba esa noche el salón de baile del Califa Dancing Club. Y las mujeres, con sus rostros indígenas, o de barriobajo, se sonreían y se apagaban entre el aplauso desganado y la mano sudada por lo nervios; se aventaban entre ellas, y las otras, las decididas, se subían al estrado, ante el beneplácito de Pérez Sánchez. La agresión contenida del

Conde, que con ojos desorbitados —es decir, brincando como canicas— veía transcurrir todo el irigote, la Rocío y la Magda lo miraban de reojo.

Pérez Sánchez se sentía la estrella del showcito, hizo otros pasitos chéveres y se pegó al micrófono cantando: «Estás insoportableeee con tu vestido rojo... mira qué sabroso camina, así, así así así, de medio laoo... chica ven pa' cá... chica ve pa'llá, baila cha cha cha... sabrosooo...». El personal se comenzó a alborotar como Dios manda. Los aplausos y los palmoteos no se hicieron esperar, los gandallas y las damitas recatadas comenzaron al juego de las agarraditas de nalga, mientras se

empujaban: «Sabrosooo...». Y Pérez Sánchez incitaba a todos para que corearan el «Sabrosooo...», dijo: «¡Qué rico...!».

Y la gente contestó: «Eeeeeeee...». Y Pérez Sánchez repitió: «¡Oh sabroso, sabrosito mamaita...!».

Y el tal Pérez Sánchez lo decía con la intención de levantar la sensualidad, y la gente instalada en el cachondeo repitió: «Eeeeeeeh...».

Y el Pérez Sánchez entonces, sí que le dio vuelo a los pasitos chéveres y a la contestación: «Saaaaabroso, saaaabroociiiiiiiiito Riiijjcura», y el salón era todo palmas y cuerpos sudados y risas entrecortadas y cuerpos alborotados y música y música y música y música que se nos metía por

todos los poros, es decir, a ti Sugi y a las mujeres y a sus compases y al ambiente. Entonces fue cuando, tú lo sabes, el buen Conde entró en acción: «Mi vieja, la buenota de la Magda es la que va a ganar esta noche, ¿oh no?». Magda lo vio incrédula, se llevó su mano a la boca para tapar su carcajada, sus ojos se abrieron hasta parecer tocar su boca, luego echó su cuerpo para atrás, se compuso y se puso muy seria. Pero Conde seguía con su cuento: «Ahora usted va a saber, porque si le quité a su Eva, que usted no gane ese pinche concursito, y más llevando a ese relingo de puta».

Magda de lo seria va pasando al

enfado, y dice con las manos en sus anchas caderas: «¡Estás loco...! Conde mira qué chingón, bonita me vería después de vieja viruela. No Rocío, a éste ya le patina el coco...». Y Conde miró a la Rocío y como gran califa ordenó: «Usté va porque yo lo digo, Dios mediante ganamos...». Dios mediante era decir a güevo. Pero Magda no era alguien a quien se le pudiera ordenar así nomás porque me enchilas éstas... «Idiota, qué no ves que subió a la pinche vieja esa para provocarte...». «Ps si no soy pendejo, de eso me di cuenta, para eso la estoy subiendo a usted, para hacerles ver que yo la hago donde sea...». La Magda comenzó a

remedar enojada: «Ay sí, ay sí, me di cuenta, me di cuenta. Idiota como si yo no conociera al Macho, puras pinches poses de displicencia para hacerte quedar en ridículo, y yo bastante tengo trayendo a esta pendeja. No mi rey, cuando le de en la madre, que sea de una vez y no andarse toreando. El Macho lo está barqueando ahorita».

Conde se comenzó a reír, con esa risa que más que nada sacaba de onda y que llegó hasta la mesa de ustedes donde el Macho la oyó y tensó su rostro, y los otros voltearon instintivamente hacia donde venía la risa. Macho, dijo: «La Remedios, así como la ven, todavía se recoge sus trescientos o cuatrocientos

pesos, y es que para ser una buena puta no se necesita estar bonita, se necesita disposición para saber el oficio; cuando la conocen, regresan los cabrones». Remedios, sin pena, se mantenía en el estrado viendo acercársele jovencitas, altivas o más bien altaneras, en la franca pose provocativa; se sintió reina por un día. Conde dejó de reír, y tú, Sugi, le clavaste tu mirada desde tu mesa. Entonces te llamó la atención la joven que está sentada viendo como discuten parados, Magda y el Conde: «Ya Chantala, mi Magda, por algo usted es vieja en el asunto...». La Magda se engalló todavía más: «De balde que haya estado taloneando en la Huerta, en

Acapulco, en Tijuana, en Laredo, en Veracruz, ya era hora de que supiera. A mí se me hace que usted también muy felón, muy felón, pero con la chavita esa, que en paz descanse, también falló...». Y tú, Sugi, seguías viendo a la Rocío cómo abría la boca para ver a esos dos discutir, y que ya luego te contaría, en aquella vieja lonchería de la calle de la Soledad, la que da a la calle para anillo de Circunvalación, la iglesia daba las campanadas del día domingo llamando a misa de doce, y ustedes dos, la Rocío y el Sugi desveladísimos, crudísimos, cogidísimos, los chilaquiles de doña Paula, la gorda inmensa del estado de Oaxaca, sabían riquísimos, y

sabían de lo mejor que hubiera en la Merced, lo atestiguaba la bola de gente que se atestaba alrededor de su comal. Tú, Sugi, te paraste para ir a la rockola, pusiste una canción de Cornelio Reyna, y escogiste del refrigerador una cerveza, llevaste otra para la Rocío: «Si el Macho me viera, me mentaría la madre, a ese no le gusta que uno tome, que así uno no funciona bien, dice, que pierde sensibilidad, que al que es pedo de corazón le ayudan en la cama con su vieja, que porque uno no se concentra en lo que está haciendo, que desvaría. Yo lo hago para no sentir, y los que van bien pedos conmigo, al primero se quedan como mocos de guajolote...». Fue

entonces cuando pediste a la Paula otro plato de enchiladas y ella te miró entre encabronada y resignada a servirte: «Dicen que es tía de la Magda, ¿no le ves la pinta?». Me acuerdo esa noche, cuando te me quedabas ve y ve, el Conde y la Magda discutían. Me cay que no les entendía muy bien: «No que hoy es la noche de los Califas», me acuerdo que le decía la Magda. Por lo de la mentada Eva, a mí se me hacía como que los dos se estaban haciendo guajes, yo llegué a pensar que no fue vieja de ninguno de los dos, porque la Magda le reclamaba al Conde: «Pero llegó la niña esa y a los dos se les cayó la baba, y no me diga que no porque yo sé, lo vi, y

todos los pinches güeyes que vienen de babosos esta noche, ustedes dos serán muy machos, pero esa chava estaba muy revolucionada». El Conde agachó la cabeza con dignidad, tomó a la Magda de los hombros y la sentó junto a mí. Nos miró a las dos pinches viejas y sin que nadie le dijera nada comenzó a contar: «Yo llegué al salón de baile, me senté en la mesa de Macho, tú sabes, era como mi padre, mi hermano mayor. Sí, la neta, él me enseñó un chorro de todo esto, había dos tres batos más, no me acuerdo quiénes eran, y ahí estaba la Eva, me cay Magda, yo no la pelé, yo llegué y quería cotorrear, yo traía a tres chavitas chambeando y no necesitaba

nada. Pero la pinche escuincla esa, vestida, como los jipis, enseñando todo, muy acá, mirándome, mirándome y yo acá, me comencé a chivear. Con todo respeto para el Macho, me dije: ésta le esta jugando mucho al vivo, pero no quiero problemas con el Macho, quien me preguntaba, ya ves como es: ¿qué tal te ha ido, qué haces?, en fin, y yo contándole: Ps por aquí, por allá cascareando. Hacía un buen rato que no venía al Dancing y pues me dije, hay que echarle una visitadita al Macho, a los dominios del Califa Mayor y quien quita y hasta ganancia saco. La Eva se me quedó viendo con una sonrisa de vieja aventada, que me parece todavía estarla

viendo con esa sonrisa, pero era como si moviera las nalgas. Y yo me dije, “Ps si el Macho no se da cuenta, yo me la arrempujo”. Y el Macho solito fue el que se embarcó, porque, qué crees que hace: “Mira Conde te presentó a Evita”, y la pinche Evita, me da la mano y me rasca con su dedo la palma de la mía, ¿qué hacía yo? El Macho, sonriente, todavía dice: “Es la reina, buena para el jelengue”. Yo le pregunto: “¿Qué tal de dinero?”, y me contesta: “No es profesional, está bien loquita”. Macho la abrazó y se rieron y la tal Evita me miraba y el Macho agrega: “Lo hace gratis”. Y yo todavía le digo: “Es tu reinita, vete con cuidado, no vayas a

salir administrado, se ve ligerita”. Eva, por abajo de la mesa, me acariciaba el pie con el suyo: “Hay que hacer lo que uno siente, no te reprimas, muchacho”. Me dijo la Eva, yo ni sabía qué decir, era una chavita muy rara: “Respondona, la reina, ¿eh?”, fue todo lo que le dije al Macho; por eso luego me extrañó, porque él mismo lo dijo esa vez: “Ya ve mi buen, está loquita la muchachita, dice que los tiempos están cambiando...”. La chavita se me quedó viendo, yo le aguanté la mirada y me hizo la seña de amor y paz, la que hacen con los dedos de la mano los hippies y luego se pasó la lengua por sus labios». La Magda, al ver a Conde reírse con amargura,

comenta para sí, mirándome: «Todo en ese tiempo fue muy loco, fueron unas cuantas semanas, muy poco». Tú nada más me veías y yo sabía que me ibas a sacar a bailar. Ya no me gustaron los chilaquiles. Dame un traguito de cerveza, por el Conde.

Y tú Sugi, miraste a la Rocío creyendo firmemente que estaba enamorada del Conde a pesar de todo, a pesar de haber estado sólo una noche junto a él, y miraste a doña Paula, la de las enchiladas, gorda, inmensa, mantecosa, manejando una cuchara sobre la olla del comal; la lonchería cada vez se llenaba más de gente. Aquella noche en el salón del califa,

donde Pérez Sánchez, caldeaba el ambiente con las concursantes a sus espaldas, el micrófono era como si llevara una reata, o una extensión de su masculinidad: «Y ahora señoras y señores, la Catedral del Santo Oficio se complace en invitar a sus ilustrísimos personajes para que sirvan de jurado, a los hijos pródigos para que nos digan quién es la triunfadora. Califas de la noche vayan haciendo sus apuestas, que el ambiente se está poniendo caliente». Pérez Sánchez se movía de un lado a otro, vio hacia su mesa y comenzó el piropeo: «A ese magnífico bailarín que es y que todos lo conocen por el nombre del Macho. Machito el Che, le dicen

todos al bailar. Sí amigos míos, uno de los jurados es Macho Prieto. El otro voto es el de nuestro gran director de orquesta Gamboa Campos. Y para que vean que la empresa de este salón no hace discriminación, está otro califa mayor; tal parece que esta noche se han dado cita para engalanar nuestra fiesta, con ustedes el tercer jurado: El Conde».

Tú, Sugi, viste cómo el Conde se llenó de satisfacción ante tal reconocimiento, donde todo el salón volteó a ver y a aplaudir. Magda le comenzó a alisar las ropas y Rocío echaba miradas para donde estabas sentado, ahí fue donde por primera vez te sentiste galán, califa. Macho, que

estaba en todo, te susurró: «Si viene con la Magda, ya es tuya Sugi, la puedes poner a trabajar. Aquí, en Anillo de Circunvalación no hay mucho personal». Pérez Sánchez comenzó a hacer el showcito: «¿Y tú qué haces aquí?». «Pues yo aquí en el tibiri. ¿Y tú?». «Pues yo acá en el tabara. ¿Y cómo quieres que te diga?».

La gente ya se sabía de memoria el numerito y comenzó a corear: «En tibiri tabara». Pérez Sánchez le echó candela: «Ya tú lo ves mi compay». Y la gente coreaba: «Tibiri...». Pérez Sánchez meneándose: «Oye cómo suena...». La gente instalada en el entusiasmo: «Tabara...». Y Pérez Sánchez con gran

superstar: «Aquí en el Califa...», y la gente con el salón a reventar: «Tabara», y Pérez Sánchez ya en la elegancia de lo chévere: «Tibiri tabara, tibiri, tabara, tibiri, tabara, ya tú lo ves mi compay, tibiri tabara». La gente con él, coreando: «Tibiri tabara tibiri tabara...». Todo el fulgor. Los grandes, los califas mayores, se abrieron paso entre la gente. Eran tan dignos que ni siquiera cuando llegaron al estrado se dignaron mirar. Cada cual, con la apostura del caballero tigre, se engalló en el ambiente. La fila de mujeres en el alarde de la cachondería del barrio, se meneaba hasta hacer aullar al respetable. Pérez Sánchez era el pez en el medio: «Heeeeey familia,

hay candelita esta noche. Por favor, nuestras damitas empiecen a desfilan para que vean los atributos que las hacen mujeres, mujeres de la medianoche. Señoras y señores, la belleza ante ustedes, hagan sus apuestas». La música comenzó a sonar, y tú, Sugi, comenzaste a moverte para impresionar a la Rocío.

El locutor siguió improvisando. «Dicen que las de Tepito tiene fuego en la cintura cuando las ven bailando una rumba. Y dicen que las de la colonia Guerrero tienen la cara bonita, y que las de la Bondonjito tienen la boca chiquita. Yo sé que en la Santa Julia y en Tacuba todos los pollos son buenos, y que no

hay nada comparable a un pollito de la Merced. Pero si veo a una de Tacubaya, entonces sí que toda la sangre se me alborota; y si veo una de la Portales, entonces sí que boto la pelota, por eso le digo a mi compay ay ay ay ay...».

Ya de plano aquello era el jolgorio, las muchachas eran todo seriedad y ganas de hacerla como la belleza del Califa: «No hay, no hay ay ay ay, por eso le digo a mi compay... ¡Llegó el momento por todos esperado, el veredicto de la flor más bella del Califa, por edades!». Primero el voto del maestro Gamboa Campos. Gamboa Campos, como todo buen viejo libidinoso, viendo piernas y traseros,

escoge, se lo dice al oído a Pérez Sánchez quien contesta: «Mejor dígalo usted maestro, con su música». El maestro se arranca marcando los compases a su orquesta, que canta: «¡Estás insoportable con tu vestido rojo!». Pérez Sánchez se adelanta a la del vestido rojo y hace que avance al frente del escenario y le echa salero: «Mira que sabroso camina, así de medio lado...». Entonces Pérez Sánchez para la música, le da las gracias al maestro y presenta: «Y ahora el veredicto del Macho Prieto». Macho con toda la soltura del que está acostumbrado al medio, va al micrófono y, sin pelar a Pérez Sánchez dice: «La de la blusa

azul». Macho señalaba a la Remedios con sus enormes senos que se transparentaban en la blusa azul. Pérez Sánchez: «Señoras y señores esto está reñidísimo, y para decidir esta situación, está con nosotros... ¡El Conde!».

Conde, entonces, seguramente, se sabía dueño y muy señor de esa noche, porque avanzó y, jalándose el pelo y lanzando su cigarrillo a un lado, toma el micrófono, esboza una sonrisa para Macho, que lo mira sereno: «La de la blusa azul...». El salón se cimbró, y la orquesta comenzó a tocar: *«Cuando te veo con la blusa azul, mis ojos sin querer van hacia a ti, por Dios no te*

pongas más la blusa azul...».

Macho miraba duro, frío hacia el Conde. Tú, Sugi, y la Muñeca se pararon y se fueron rumbo a la bolita del estrado. La Remedios hasta se veía bonita de a deveras.

Conde sonríe caballerosamente y se despide; baja del estrado, sin ver a nadie. Cuando ustedes llegaron, Conde ya había bajado. Macho agarró a la buena de Remedios, se jaló el cabello y sonrió para sus adentros aceptando la jugada del Conde. Mira a la Remedios y le dice: «Ganaste mi reina», y le da un beso. Ante el aplauso de todo el salón.

Abajo, tú volteaste a ver, la Rocío y la Magda festejaban la acción del Conde

y miraban de reojo el beso de Macho y la Remedios. Todos bajaron del estrado, tú y la Muñeca, dizque cuidando a Macho, se fueron para sus mesas, mientras don Simón los mira desfilar, callado, limpiando con una servilleta su charola. En la mesa de Magda, el Conde y la Rocío, decían: «Qué chingón estuvo eso». «Recuérdelo mi reina, para un cabrón, cabrón y medio».

Entonces, ustedes llegaron a su mesa, Macho sonreía y meneaba su cabeza. Dijo murmurando: «Eh, para que aprendan cabroncitos; lo que bien se aprende nunca se olvida, el Conde es un buen Califa, no hay pedo. Es el principio, ahora viene lo bueno».

La vieja de Remedios lo miró a los ojos, todos rodeábamos a Macho, como a un patriarca que ya está viejo. Macho acariciaba el pelo de la Remedios y susurró: «La de a deveras mi reina, esta noche o nunca».

La Muñeca rompió el sentimentalismo de la escena con: «Cuido difunto y rezo a domicilio...». Se sonrió, el Macho lo vio con amargura: «La muerte la trae uno desde antes, aquí nada más se le da el empujoncito». Tú, Sugi, interveniste dándotelas de sabio: «Ya Muñeca no es tiempo para asolearse...». La Muñeca se te quedó viendo muy fufurufo: «No le saque Sugi, no sea lambiscón». «El

lambiscón me prestas, y no le saco, le meto...». «Sí metes el lambiscón y con ganas, acá donde te sientas...».

Entonces fue cuando Macho, con la sapiencia del ladino, dijo: «Ya a callar, siéntense, que el chile se va a parar...». La Remedios, graciosa, intervino: «Me hablaron, perdón, dónde me siento...». «Aquí con el buscabullas», habló el Macho señalando a la Muñeca. La Remedios, enorme en sus atributos físicos aunque aguados, se desparramó sobre la Muñeca, quien entre risas decía: «Me ahogo, me ahogo...».

Macho reía con ganas: «Aguas que se te caen...». Remedios rodó por el suelo junto con la Muñeca; se pararon

riéndose, y Macho dijo a la Remedios: «Vente para acá, a mi lado...». «Déjela aquí conmigo», dijo picarescamente la Muñeca. «No mi buen, a la mujer se le trae pegada a la derecha, a la mujer desde que se le conoce se le hace al modo de uno; que respire como uno, si no ella te va a comenzar a mandar, y para eso no hay más que unos buenos golpes para que sepa quién manda...». «Pero luego están más cabronas, Macho». «No hay más, Muñeca, o te la rifas, porque si te dejas pierdes». Y tú, Sugi, interveniste: «¿Y si uno la quiere?».

«Aquí no se puede, desde que pagas ya no tienes chance...».

«Pero si no soy cliente».

«Pendejo, claro que lo somos, a nuestra manera también les pagamos, les servimos para justificarse, les encanta sentirse culpables y explotadas; hay que ayudarlas, tienes que pagar lo que te dan...».

«Y si uno se niega a pagar».

«Ya valiste, tú eres peor que ellas, ése es el precio. No nada más vivimos porque sí en la noche, un califa está hecho para desmadrar...».

Y tú, Sugi dijiste, acuérdate bien: «Uta, vale madre...». El Macho te preguntó, y sabías que tenías las miradas de los demás sobre tu persona: «¿Por qué?». «Ps sí, o sea que se desmadra

uno también». Y el Califa Mayor, miró hacia donde estaba el Conde, por primera vez, y miró para cerciorarse que ahí estaba. Fue cuando tú, Sugi, te acordaste nuevamente de la chavita que estaba junto a la Magda. Interrumpiste los pensamientos del Macho. «Está bonita la nueva amiga que trae la Magda».

«¿Te gusta?».

«Claro, desde hace rato, le consta, le eche el ojo...».

«Agasájate ahorita, es el momento».

Tú nunca supiste si lo dijo porque realmente lo creía o porque era otra forma de torear al Conde, lo único que sabes es que sentiste el impulso de

obedecer a Macho y fuiste, por supuesto sin la elegancia del Macho, tras la bella Rocío, te sudaba el culo, porque no negarás que siempre has sido miedoso, andas en el desmadre, pero el miedo te hace sudar el fundillo. Fuiste y la pista se te hizo enorme y pesada, cuando la cruzaste sentiste que habías luchado contra cientos de personas. Ante ti se apareció la mesa del Conde, los viste, sentiste cómo te taladró con la mirada, cómo te veía con gracia la Magda. Te alisaste tus ropas, y le echaste candela al asunto, te plantaste frente a la Rocío: «¿Bailamos reina?». Y en el «bailamos reina», se te fue todo, y piensas que ha de ver sido tal tu estado, que cuando la

Rocío volteó a ver a la Magda, ella le cerró el ojo y la impulsó a bailar contigo, porque ya no viste nada, te fuiste a ciegas y la tomaste de la mano y la arrastraste a la pista, o al menos a ti te pareció así, aunque a lo mejor sí llegaste como califa y la hiciste. El hecho es que el Conde no hizo nada y te ignoró, y la Magda no te vio mal, y saliste con la Rocío, con la buena de Rocío, bailaste y te diste valor cuando la sentiste en tus manos, y sentías su cintura ondulante que se dejaba manejar: «¡Ya conoces a la Magda de mucho tiempo!».

«Más o menos...».

Y en el más o menos le diste el

arrimón del calor de tu cuerpo, viste que no se frunció, a la vuelta la banderillaste y, entonces, supiste que era toda tuya.

«¡Bailas bien!».

«¿Cuándo nos vemos?».

«Cuando quieras».

Y entonces sí la agasajaste con el calor de tu cuerpo porque no la dejaste mover.

Acuérdate cuando llegaban a las tres de la mañana al cuarto del hotel, y hacían el sexo acurrucándotela como a ella le gusta, y luego dejándola montar sobre ti, para que diera rienda suelta a su placer. Y eso lo puedes jurar ahora que estás escribiendo esta historia, cuando bailaste supusistes que así le

gustaba coger.

«Nos vemos mañana a las diez de la noche», le dijiste, le diste el nombre del hotel, te anduviste sin rodeos, ella dijo que sí. Se terminó la música, la llevaste a la mesa, le sonreíste a la Magda, te sonrió, y creíste que el Conde te veía de reojo, pero a lo mejor no fue cierto, porque él no te conocía; a la Muñeca sí, pero a ti no, te fuiste como un gran califa.

El viejo Simón estaba limpiando la mesa de Macho y le traía refrescos. El Macho le dejó un billete de cien al viejo. Me senté y te dijo: «Ten cuidado, una mujer ardida es traicionera».

La Remedios, que después de vieja

era bien pendeja, se apuntó: «Macho, ¿lo dices por mí?».

Y el Macho, que para esto es peor que las de cascabel, dijo: «No mi reina, sólo que nunca falla el refrán».

Don Simón seguía limpiando la mesa y guardándose el billete; destapó un refresco y lo sirvió en un vaso: «Refrescos para los que tienen sed». Macho rió y dijo: «El bueno de don Simón, todavía en la fiesta. Hey escuincles, éste si que sabe un rato de la vida...». El viejo, callado, servía sin mirar, y dijo: «Ni más anchas ni más ajenas que las de los demás...».

«Y si se pusiera a contar de las mujeres... uuuuuf lo que ha visto; pero

como esa chavita pocas, era puta de corazón, mi Macho».

Macho abrió sus ojos hasta ubicarlo bien en su mirada, don Simón seguía limpiando y sirviendo: «Dijo que quería ser libre, me decía que quería ser ella».

Macho se quedó callado. Al terminar de servir, don Simón agregó: «Digo, también, si usted no piensa otra cosa».

Macho se estaba encabronando, porque su rostro se puso tenso y apretó sus quijadas, y sacó su cuchillo; lo puso sobre la mesa, lo acarició como si acariciara un seno de mujer, e interrogó: «¿Quién la mató?».

Don Simón, imperturbable, dijo:

«Usted lo sabe, digo, todos en este salón lo saben, con su permiso, Prieto». Todos callaron, y vieron al viejo alejarse como si tal.

Tú viste, Sugi, cómo se agachó la Muñeca, como que quería ocultarse debajo de la mesa y, entonces, confirmaste que era cierto lo que una vez te contó y pensaste que era pura pose de hablador. Cuando estaban esperando al Macho, allá por la calle de Anillo de Circunvalación por las tiendas de ropa barata, y estaban parados —por cierto era la primera vez que te vestías de parada, de califa— vigilaban a dos chavas, una del Macho y la otra de la Muñeca: «Me cay, la chavita esa está

muy loca, muy acelerada, al que se le ponía enfrente, muy rara, me dijo que la llevara a cenar al Garibaldi que porque no había encontrado al Macho y como sabía que yo era su lleva y trae, que me dice que la llevara a cenar birria. Salimos del mercado, ya en la noche, por la calle de san Camilito, a la altura del hotel. Entonces me agarró del brazo y que me dice, pegándoseme, “tú me gustas”. Yo me cae, me saqué de onda porque tenía una forma de mirar y de reírse, que me cay que no le creerías. Para no quemarme le dije: “Pero tú eres del Macho”. Y ella, bien encabronada, me contestó: “No es cierto no soy de su propiedad. Me gustas mucho, vamos,

quiero estar contigo”. Me cay que me arrastró y me metió al hotel».

Luego está lo que te comentó el viejo Simón, una noche que casi no había gente, y todos hablaban del Macho, y él no llegaba y hablaban del Conde y de la famosa Eva: Don Simón te contó aquello.

«Yo estaba solo, ya para salir, no había nadie, limpiaba unas mesas y las acomodaba. De pronto, entró la chavita toda espantada, nerviosa y muy angustiada; temblaba todo su cuerpo: “No puedo más, don Simón, siento que me voy”. Y lloraba y lloraba y siguió diciendo: “Usted sabe, ya estoy cansada de todo, ya no me siento en ningún lado

a gusto, a donde voy siempre es lo mismo, no sé qué me pasa”. Yo al principio no quise hacerle mucho caso, tantas he visto en ese estado, que me dije: para que me meto en problemas, otra igual. Subí las escaleras y que me dice algo que me dejó helado: “No soy propiedad de nadie, lo hago porque me gusta, ¿me entiende don Simón? Me gustan los hombres, no uno solo”. Yo, muy pendejo, le dije: “¡Pero aquí, hija! Aquí no vas a poder hacerlo, aquí te van a matar o se matan por eso”. Y se bajó las escaleras y lloró más fuerte y salió corriendo diciendo: Antes me mato. Volteé a verla, el salón estaba vacío, silencioso, me pareció frío, como un

campo de batalla después de la guerra».

Tú, Sugi, volteaste instintivamente a ver a don Simón, andaba allá abajo, sirviendo. Luego viste hacia donde Rocío, y viste a la Muñeca. Viste al Macho, supiste que en ese instante se estaba acordando del Conde, a lo mejor, en una calle oscura de la Merced, por la calle de Uruguay, cerca de la capillita. Macho estaría deambulando, o pegado al hueco de alguna accesoria, fumando, en el frío de la humedad, de las noches de lluvia, aquí en la ciudad de México. Dejando pasar los segundos, en el sepulcral espacio de ese tiempo y, de pronto, se comenzó a agrandar un punto blanco, o claro, que a medida que se iba

acercando configura al Conde, que avanzaba lento. Al llegar a la capillita, se persignó, descubrió a Macho y se le acercó: «Qu'ihubule Macho, qué jais». «Aquí, haciendo tiempo, todavía no salen de trabajar...».

El Conde también se sumió en la pared: «Te acuerdas cuando me diste el aliviane, era un pendejo, los pinches libaneses sí me ponen en la madre...». «Si todavía hablas en mexicano...». Sonrió Macho ante su ironía.

Conde de buen humor dijo: «¿No?, bueno todavía lo hablas un poco». «Tanto así». «Bueno, aprendes rápido...».

«Con un maestro como tú

cualquiera...». Macho tiró su cigarro al suelo, lo aplastó con la suela de sus zapatos, y le dejó deslizar la pregunta al llegue: «¿No has visto a la Eva?...». «Yo no la busqué, ella solita...».

«Nomás digo, ¿sabes? la quiero...». «Así es esto, uno nunca sabe». El Conde se alisaba la ropa saliendo de su hueco, vio hacia la capillita y dijo: «Macho tú eres como mi hermano. Más que eso, Macho yo a usted lo quiero un chingo». «No, Conde, usted es un malagradecido...». «No, la paloma solita, llegó...». «Pero sabías que me pertenecía». «Yo también lo pensaba, pero tú sabes...». «¿Yo qué sé?». «Ése es otro tipo de mujer, al que no estamos

acostumbrados». Macho se dejó resbalar por la pared, miró al cielo, se metió las manos a los bolsillos hasta quedar sentado en el quicio, y dijo: «Esa mujer es mía...». Conde sonrío viendo hacia el fondo de la calle, y le dice: «Yo ya la ando buscando, que venía a verte para no sé qué cosa, y ya la vieron con el chavito ese que recogiste...». A Macho en la noche el rostro se le alegró: «¿La paloma se voló?». «Donde la encuentre la mato». Macho se levantó lentamente, se sacudió las nalgas del pantalón y lo miró diciéndole: «Tú que le haces algo y...». Conde también tenía los güevos bien puestos, en la noche se le paró de frente a Macho: «¿Y...?».

«Nos matamos, hermano». Conde se sonríe y se da la media vuelta para patear la basura que se encuentra a su paso, avanzó un metro se revolvió como acordándose de algo: «Ésa no se burla de nosotros, por Dios». Besó la señal de la cruz hecha con su mano y caminó. Macho lo vio alejarse; se quedaba solo en la calle vacía, la pared lo detenía, la calle sucia estaba lustrosa de grasa.

El Conde, allá del otro lado de la pista estaba viendo, fiscalizando, aturdiéndose, y tú, Sugi, supusiste también que como dicen que en los momentos de peligro uno se acuerda de todo, el Conde se comenzó a acordar de como las cotorreó con la famosa Eva,

como te consta que por oídos de Rocío lo supo de Magda que se lo confesó el Conde: «Muy buena onda de chava, ponle que no era putita porque no cobraba, pero, no sé, se acomodaba a uno en lo que fuera, no era presuntuosa como otras, ésta jalaba pareja. Conseguimos una lana para hacer de comer, yo no tenía dinero, pues precisamente por andar con ella había descuidado el negocio. Nos fuimos al mercado, de Abelardo L. Rodríguez, donde están las paredes pintadas de monos. Ya era tarde y estaban levantando los puestos y tapando su mercancía con las pinches sábanas sucias que tienen la pinche costumbre de

ponerles. Andábamos buscando unos jitomates, destapamos un puesto y ahí estaban, pinche sábana tiesa. Los comenzó a escoger la chava. No que éste está muy verde. ¿Y los limones, dónde estarán? Y ya ves cómo es tu viejo: “Apuesto a que es el que sigue”. La chavita se estiró desde donde estaba para destapar el otro puesto, ¡y jícamas!, que descubre la buena pierna, digo, la de ella, no la del puesto, con unas medias sabrosas. Que le pongo la mano en la carne, directo al mondongo, la Evita, nada más se rió y se fue acomodando rapidito sobre la mercancía del puesto; yo, por si las moscas, agarré la punta de la sábana, y la Evita me

miraba y decía: “Aquí, vamos hacerlo aquí, órale...”. Y sobres y sas, que me la comienzo a ejecutar, como mandan los santos cánones en estos lugares. Subía la sábanas para que nos tapara, aplastamos jitomates, rodaron limones, los perros de los veladores nada más ladraban y los veladores nada más silbaban, anunciando que ya todo estaba cerrado. Se oía el entrechocar de las llaves, los candados, las cadenas y las rejas cerrándose, en los puestos del mercado Abelardo, me ejecuté a la Evita».

Estabas en esas cavilaciones, Sugi, cuando advertiste que la Muñeca se paró, Macho lo siguió con la mirada complaciente, como la que dirige un

padre a un hijo predilecto, pero que sabe que no da más. Lo vimos meterse de lleno a la bola donde se encontraba el corazón de la gatigrafía, fiscalizó exactamente como se paraba el Conde, que fue lo que más le llamó la atención al Macho: «Fíjate Sugi cómo está hecho, ése aprende de mí, pero se parece mucho al Conde, va a terminar siendo el Conde. No sé, las cosas siempre se repiten dos veces, primero en serio y después como un pinche chiste de mierda. Míralo es tonto lo que está haciendo. Déjalo no vayas». La Muñeca le había estado ofendiendo a la dama de palabra y obra, hombre mal encarado se le puso enfrente a la Muñeca, que veía

hacia nosotros, y el Macho había querido probar a la Muñeca que las cosas no se hacen de prisa. La Magda, allá al otro lado, se cagaba de la risa y Conde sonreía con simpatía. La Muñeca estaba en medio del remolino: «Tarugo...»; era todo lo que le decía la fámula. La Muñeca riéndose nerviosamente contestó: «Cálmate, cálmate, ¿qué te pasa?, ¿tienes calentura?, ¿quieres cachuca?». El hombre malencarado se la soltó: «No se quiera pasar de vivo con la chava». Era un Califa menor. La Muñeca siguió: «Tú y la chava para comérmelos envueltos». La gatígrafa que se le va encima. El califa menor la detiene y le dice a la

Muñeca: «¿Quieres bailar un danzón?». La Muñeca era todo bravuconería: «Pus ya vas. Qué tan ancho ha de ser tu mirar que no puedas tapar el horizonte...». «Ah chinga chingá...». «Que lo quieres ver...». Los dos cantinfleaban, no se querían pelear; arremeten, se engallan, esperan que alguien los detenga. Los ofrecidos los agarran y los gritos se hacen más fuertes: «Qué queé qué de qué...». «¿Qué va derecho?». «Saca tu fierro...». La Muñeca, al verla de a deveras, alza su saco y se muestra limpio, pero alguien entre el público avienta un fierro: «A'i va para el que le hace falta...». La Muñeca lo toma en sus manos, ve al califa menor y le dice muy

serio: «No vales la pena, ten, date de santos que ahora no te toca, te lo regalo, otro día nos veremos...». La Muñeca no le da tiempo a pensar la respuesta al atónito califa menor, que sólo acierta a mirar el cuchillo; da la espalda y se aleja como gran Califa del lugar. Los presentes se muestran decepcionados, pero no muestran otra reacción.

Macho, la Remedios y tú, veían salir airoso de la bolita a la Muñeca, y la Magda soltaba carcajadas en grande.

Macho volteó a ver a la Magda, que cuando comprendió que el Macho la miraba, dejó de reír. Macho me miró y dijo: «No, eso no se hace, cuando uno tiene la bronca, a piquete derecho, nada

de irigotes, mejor záfate callado, usted siempre callado que digan ése la hace y no rebuzna, ¿entiende?».

En el estrado, Pérez Sánchez los sacó de sus cavilaciones, la música arreció para hacerlo bailar y soltar todo su rollo para apaciguar los ánimos: «Señoras y señores, ésta es la catedral del buen bailar y del mejor vestir. Aquí las camas están hechas a la medida de sus circunstancias. Y hoy, siendo el día de la amistad, la noche es del amor. Cuando los cuerpos piden paz y no les dan, surge la meditación espontánea: Si un amor se va». Y el mentado Pérez Sánchez cantaba, imitando a María Luisa Landín: «Hay que saber perder, lo

mismo pierde un hombre que una mujer. Ay ay ay ay califas, no lloren porque se les puede fruncir el cutis. Y ahora con ustedes la que se fue. La orquesta del maestro Gamboa Campos y con eso que se llama... Atolito con el dedo. ¡A bailar respetable personal de la crujía jota!». Los silbidos del personal de la crujía jota no se hicieron esperar.

La Muñeca regresó como si fuera la fresca mañana, se sentó ante las nomiradas de Macho y compañía, y Macho le preguntó: «¿Dónde andabas, mi buen?». Le pasó el brazo por la espalda, luego lo palmeó y lo vio como un padre a un hijo malhecho. Sugi, tú nada más veías porque a lo mejor en el fondo de

tu inconciencia sabías que algún día estarías escribiendo esos momentos. La Muñeca le contestó: «Por ahí calentando el ambiente...». Macho movió la cabeza, vio el ambiente, las rodillas de la vieja Remedios y a las mujeres y le dijo, como un gancho tirado en cortito a la Muñeca: «Calentadas son las que les deberías de dar a las mujeres...». Tú, Sugi, te reíste porque en el fondo te daba envidia lo superfluo que era la Muñeca, y cada vez que se tropezaba te sentías superior a él, hasta le susurraste tu alegría a la Remedios y la otra puta: «Ése es puro bla bla bla...». Pero tú qué le ibas a contar a la vieja Remedios, ésa sabía mucho de los hombres, o de las

cosas de los hombres. Tampoco se esputa nada más porque sí, ni se anda tanto tiempo y no se aprende un poco de algo, la Remedios te contestó para tu gusto aguada: «¿Y tú sí?». Pero ni así callaron tu envidia mustia: «Pregúntele al Macho...». El Macho había oído todo, se acercó y lo dijo sobre la mesa: «Los dos ojetes si quieren aprenden rápido». La vieja Remedios vio el reloj, eran las doce de la noche, y repasó como un flechazo su vida, o tú más bien Sugi esa noche en ese instante en que vio el reloj viste a la vieja Remedios y te acordaste de cómo te contaron que era. Alguna vez ella había tenido hijos, tres o cuatro, alguna vez tuvo marido, alguna vez vivió

en algún barrio pobre de la ciudad de México, alguna vez convivió con los borrachos de cada ocho días y alguna vez se dio cuenta de que estaba hasta la madre. Alguna vez sus vecinas, las locas del lugar, la invitaron para que fuera a bailar, porque los hombres de ese lugar tomaban, y no les hacían caso, tampoco las mantenían, y ella toda su vida sólo había conocido ese ambiente. Las calles sin pavimentar, el lodazal, las acarreadas de cubeta de agua, porque nunca había agua en las casas y ella sólo tenía dos vestidos desde hace cinco años. También conoció a un califa menor, y quien la metió a trabajar y sí se lo crees porque esa noche de califas,

después de todo lo que pasó, te fuiste con la Remedios y lloraron en el cuarto de ella y se lamentaron de la vida, de sus vidas, y ella berreó toda su desgracia y, como lo dicen, te lo decía esa madrugada. Trabajó primero en una casa de citas, de las de miseria que hay en la colonia Guerrero, y después en la calle, dejó todo. De esto que te hablo, Sugito, hace como dieciocho años, ya no quería saber nada de mi vida de antes, conocí el sexo, el dinero, los hombres, el baile, cosas que antes no sabía y, aunque es cabrón luego andar como perra, pues a veces te puedes dar el lujo de acompañar a un cabrón como el Macho, o de estar con un escuincle

como tú y de ponerte a vivir, aunque sea así, porque de la otra forma ni cuenta me daba que vivía. Mírame, ya estoy vieja y, sin embargo, sé que nunca voy a volver allá; es como si me hubiera muerto. Y tú, Sugi, estabas viendo a la vieja Remedios que veía la hora, las doce, la hora de los Califas y dejaste de volar y estuviste en el presente, es decir, en el ayer, pero que en este momento lo vuelves a vivir, como tal vez no sucedió, pero que a ti a través de los años, en tu mente consta que en esta noche así fue. Macho vio el ambiente, sintió la vibración de los presentes, que de reojo vimos el reloj. Se le quedó viendo a la Muñeca, la Muñeca bajó la vista, y

todos entendimos que de una manera silenciosa le reclamaba que se hubiera ido a acostar con la Eva. La Muñeca no aguantó la vista sobre su ser y dijo: «Ps ella era así, uno nunca podía decirle no, terminaba uno con ella, le digo una cosa, el Conde...». Macho se le adelantó: «Cállate, ya lo sé, pero aunque no la hubiera matado de propia voluntad, es como si muriéndose ella, yo me fuera muriendo lentamente, y como si en cada cogida que se diera con un cuate mío me fuera cortando una parte de mi ser. Y porque el Conde sabe de esto es que me duele su traición. Porque matando voy muriendo». En ese momento los ojos del Macho se aluzaron con la finesa del que

sabe, sacó su cuchillo para volverlo a meter mudo en su cinturón. Se alisa el pelo, se golpea levemente las mejillas y mira a todos. Sugi, en ese instante, en la fracción de segundos que dura el parpadeo de los ojos, viste a alguien que veía de manera diferente todo lo que le rodeaba, sentías que ese Macho estaba ubicándose en otra parte, como si algo dentro de él se estuviera desprendiendo. Quizá fue como se paró: con toda la majestuosidad del hombre sobre la calle; o por su tranquilidad, con toda esa cauda que irradiaba hasta parecer un Dios prehispánico, una especie de Tezcatipotla, como si estuviera siendo celestialmente poseído. Además, el

ambiente que se fraguaba era algo que nunca más volverás a sentir en tu vida. Porque cuando hubo estado de pie el Macho, todo el salón calló y, después, cuando hubo mirado hacia el centro de la pista, un rumor vino inundando todos los oídos de los que estábamos: era el ruido que uno mismo había producido con su respiración al pararse de las sillas, con abrir la boca y el rozar de las ropas, porque entre el silencio que se produjo y luego el ruido, hubo un vacío que hasta ahora que lo estás recordando se te hace perceptible.

Macho bajó a la calle y caminó entre la noche, tal vez como cuando llegó a la ciudad de los palacios, llegó por el

mero corazón de la Merced, como todos los provincianos hambrientos, a las siete de la noche, cuando el barrio se va quedando a oscuras y la gente se aleja y los autobuses foráneos depositan la carga en esas calles viejas, jodidas y malolientes. Se abrió la puerta del camión por medio de aire comprimido, y ahí apareció el Macho desorientado, muerto de miedo, cohibido, con su itacate, con su sombrero de palma y su chamarra de dril, sus manos callosas y su mirada triste y desorientada, y saltó a la calle grasosa, medio resbaló, medio se mantuvo en pie, poniendo una mano contra la pared y la otra agarrando su itacate y sosteniendo su sombrero. Sus

huaraches le pesaban al ver la rapidez con que la gente caminaba y cargaba bultos o empujaba una carretilla, o llevaba bolsas. Todas esas figuras oscuras se le atravesaban en su cerebro porque nunca pensó que la ciudad pudiera ser así. Al llegar a la esquina vio bocanadas de profunda oscuridad; alzó su vista al cielo, buscó las estrellas, la luna, las nubes y encontró las fachadas españolas, los nichos de la cristiandad, los balcones de la ciudad venida a menos, las cruces de las iglesias, las campanas de los campanarios, los letreros rojizos de los hoteles.

En su cerebro anidó la palabra,

está a oscuras, no hay nadie, lo vuelve a ver, no indaga, corre, nunca sabrá si estaba muerto el otro cuerpo o si le pudo prestar ayuda. Corrió y corrió, muerto de miedo, llegó a otra callecita oscura, muchas sombras se adivinaban, humos de cigarrillos enrarecían el aire húmedo; no tenía fuerzas, su corazón lo detenía con su mano, pensaba que latía tan fuerte que se le saldría por la piel. No se dio cuenta de que estaba acucillado y las putas de la calle ahí, siendo observadas por los clientes. Una mujer con la falda corta, le ofrece un cigarro, ve el rostro de la Magda, la buena de la Magda, quien le tiende la mano y lo ayuda, lo ayuda a pararse y se lo lleva a la

oscuridad de la calle, allá donde sólo se distinguía el letrero del hotel. Y tú, Sugi, cuando lo viste bajar las escaleras del salón, que dan a la pista de baile, lo volviste a ver a los ojos, querías saber si sentía miedo como tú, como la Muñeca, porque él te lo dijo, y oías su voz y lo veías bajar las escaleras imperturbable. Siempre el miedo, este miedo, esta angustia, esta tristeza, este nudo que siento en mi garganta, y el hueco de mi estómago, que nunca los puedo dejar, que a donde sea que voy me persigue. Y seguías oyendo esa voz del Macho en tu cerebro y nunca cuando lo viste caminar sentiste que tuviera miedo, más bien su rostro se te asemejó

al de un místico.

Macho bajó el último escalón y quedó de una pieza al borde de la pista, como corresponde a un califa, miró ladeando la cabeza, tal vez buscando la posición del Conde, tal vez para mirar la amplitud de la pista y caminó al centro de ella.

Y tú, Sugi, te le quedaste viendo a la Muñeca, que con las viejas estaba puesto para la retaguardia. Entonces, creíste prudente vistear al Conde. La Rocío se alborotó y se llevó la mano a la boca. Supiste que la Magda avistó al Macho; supiste que le dio un vuelco en el corazón; supiste que quiso arrepentirse y correr con Macho, y

arrastrarse a sus pies y decirle que no fuera a la pista; pero también supiste cuánto era su ardor de mujer abandonada, despreciada, malamada y cómo todo eso se lo aguantó. Y supiste que incitó al Conde: «Párate, ya está ahí, el cabrón». Pero Conde acostumbrado a no obedecer las órdenes de las viejas, le echó sapiencia al asunto: «No, todavía no es tiempo. Ése sabe su cuento. Quiere ponerme nervioso. Ojo». Y la Magda, ante la boquiabierta Rocío que todo lo miraba como una película, dijo con hartazgo para el Macho: «Por eso siempre me gustó Macho. Nunca hace nada de gratis. Siempre cobrando por adelantado». Pero eso no quería decir

que se durmiera en sus laureles, sacó su cuchillo del cinturón de su pantalón y lo depositó suavemente sobre la mesa, la medida con que dejó resbalar sus dedos sobre la hoja, llamó tanto la atención de Rocío, que muchos meses después seguiría platicando eso: «Magda se le acerca; la muy cabrona, y el Conde como ido, susurraba porque no se puede decir que murmurara, porque no había el sentido de la maldad: “Yo no la maté; me cay que yo me quedé dormido, bien borracho, ella no tomaba, pero decía puras pendejadas, estaba muy triste, como siempre que le entraba lo rarita. Yo la recibí porque dije, bueno, a la mejor la compongo, porque no está bien

que se ande acostando con todos los cuates. Pero ella estaba muda, me dejó ponerme hasta la madre, y cuando desperté estaba ella muerta en el baño del hotel. Se colgó de la regadera...”». El Conde estaba mirando el centro de la pista, tal vez oyendo resonar las pisadas del Macho en su cerebro, pero no le importaba porque su mirada estaba perdida en el recuerdo del gran Macho, cuando todavía no había llegado la Eva a su vida y la Merced era un barrio en donde cada lugar era un perfecto escondite, como esa bodega atascada de cajas de madera que todavía tenían el olor de los jitomates que habían albergado, luego la oscuridad, luego la

mesa, otra caja con papel periódico como mantel y una vela al centro. Y Macho, con la elegancia del Príncipe de las Tinieblas, sacando una cajita de cerillos, haciéndolos sonar para que el Conde supiera que Macho estaba dándole a la luminosidad. Encendió el cerillo, vio la vela sobre el casco de refresco, una pepsicola, vio las cartas de la baraja con que a veces se entretenían en jugar mientras pasaba el tiempo, y sus mujeres terminaban de trabajar en la calle de Manzanares. Conde vio la viga que se estaba desprendiendo del techo. Macho le ha de haber adivinado el pensamiento: «Todo por servir se acaba, mi buen,

hasta las vigas de los techos, o les dan o se dan en la madre». Seguramente Conde se ha de ver quedado callado y, como siempre, con la galanura agresiva se sentó enfrente de las cajas de jitomates para quedar de cara a la viga que estaba parada para sostener la que se desprendía del techo. Macho se arrimó una caja y se sentó como muy señor mío: «Pinche barrio de mierda, aquí uno se muere de hambre o aplastado». Macho sacó su punta reluciente, le caló el filo y miró al Conde: «Por eso hay que chingar desde que sale uno a la calle, sin mirar a quien». Y dejó escapar el cuchillo de su mano derecha con verdadera puntería, para que se ensartara en la viga e hiciera

caer polilla de la que estaba arriba. Conde sacó el suyo, también diestro, también rencoroso: «Siempre chingar», prepara su cuchillo y se prepara para lanzarlo también contra la viga. Entonces, tú, lo sabes ahora Sugi, a muchas noches de aquella noche en que estuvieron solos el Conde y Macho. Y también a muchas noches de esa noche y porque el Conde estaba con la mirada fija volviendo del pasado, teniendo a su lado a la bella Rocío y a la puta de la Magda. Yo creo que fue cuando estuvo en sus cinco segundos de pendejez, la Rocío y la Magda lo oyeron decir quedito: «Tengo miedo...».

Y tú, Sugi, lo puedes jurar ahora,

viste en los ojos del Conde el miedo a la muerte, pero no el miedo de un cobarde, sino el miedo de alguien que sabe que irremediablemente va a morir en ese momento. Y no la muerte, la desaparición de su cuerpo, sino la ausencia de lazos que lo unían a este mundo. Conde vio a Macho, los dos se vieron por primera vez mudos, como dos muertos en vida. La música levantó su vuelo por entre el murmullo de la multitud que atesoraba ese salón de baile. El viejo Simón, como mudo espectador caminaba entre las parejas escuchando, callando y mirando. Entre Simón y tú Sugi había una pareja. Una mujer ya entrada en la edad de la

decadencia y un joven arribador al ambiente, que creía tener el mundo ancho y abierto a sus pies, le dijo a la mujer: «Órale, vamos a bailar». La mujer se negó con ademanes que rotulaban su cuerpo: «No, ésa no...». Y en el decir: «Ésa no...» las notas de la pieza resultaban un clásico del danzón, una pieza que sólo Macho la bailaba y era casi como una dedicatoria o mejor dicho como una despedida, porque todo mundo abrió cancha y dejó la pista como una loza luminosa. El hombre que creía que la ciudad de los palacios era toda de él, jaloneó a la mujer respetuosa de los acuerdos no tomados, de las tradiciones sobreentendidas que se

resistía hasta el fin de sus ganas. Simón, el viejo de Simón interviene con los güevos bien puestos, poniéndole una mano sobre el hombro al hombre, la mujer sólo podía explicar que: «Esta pieza no se baila, nomás se escucha...». El hombre, al sentir el brazo rugoso y ferroso de don Simón, mira al ambiente y pregunta: «¿Por qué?». Y el viejo de Simón se sabía la letanía con la faramalla del que sabe lo que cuestan las apariencias del lugar: «Porque esa pieza sólo una persona la puede bailar...». Simón sólo viró su vista hacia la presencia de Macho, y todos callaron.

Hasta tú, pinche Sugi, porque los

güevos los tenías hasta bien atrancados en la garganta. Macho, Sugi, se te adelantó, te ordenó quedarte atrás con la Remedios, con la Muñeca, con los demás. Porque él quería partir como el señor que brinda su duelo, como el pistolero que quiere que lo dejen solo en el horizonte con el polvo y la resequedad. Remedios dijo sin mucha convicción: «Nnno lo hagas Macho...». La Muñeca se sabía cómplice: «Déjalo, es su pieza...». Remedios como el eco replicó: «Su pieza...». Y a ti, Sugi, la Muñeca te miró para decirte a ti, a todos los presentes: «Porque es la pieza de su vieja, porque Eva era su reina...». En fin porque la pieza en sus coros decía:

«¿Quién es aquella muchacha que va por la calle? ¡Es mi reina!». Y para Macho sólo había una reina esa noche, y esa reina era la ausencia que lo llenaba todo en su evocación. Se paró con los güevos de un cabrón en el centro de la pista. Miró a nadie; bajó de su recuerdo a Eva; la puso en la ausencia de sus huecos y la rodeó con sus brazos, hasta tomar con la palma de su mano la parte de atrás de su cintura y con la otra mano la invocativa mano de la difunta... La música restañó el aire con la magnificencia del pasado, vivo, en cada poro de ese hombre que adelanta su pierna derecha hasta deslizar su cuerpo, en una danza llena de signo fatalista. La cintura del Macho esa noche

fue más que nunca una cintura que sabía para qué había que ondularla. Hasta ser una cópula. El cuadrante de su soledad le sirvió de pista de baile. Mientras el salón, es decir, la presencia de la multitud se volvió un puro espectador que se admiraba de la garra de ese hombre; que se sorprendía de cómo su sola presencia en una danza era capaz de llenar ese cuadrante y jactarse de hacerlo bien, sin que nadie se acordara de esbozar una sonrisa de burla. Y sí miradas de respeto hasta contener la respiración. Y tú, Sugi, te sacudiste con trabajos el hechizo y miraste a tu alrededor. Advertiste cómo miraba la Magda admirada y envidiosa. Y a tu

Rocío seducida como la Remedios. Y la Muñeca sin saber para qué estaba ahí. Macho pisó uno a uno los centímetros que componían la superficie de la pista hasta llegar a una orilla, la que quedaba frente a la mesa de Conde y movió la cadera de atrás hacia adelante como un vientre embarrándose a otro vientre. Macho siguió abriendo su boca hasta enseñar una sonrisa, que era una mueca de amargura y lujuria y miedo y soledad y tristeza y desaliento y odio y sobre todo angustia. Entonces comenzó a echarse de espaldas, con la música que concluía y su sonrisa que se apagaba en la opacidad de sus ojos, regresando al centro, al útero, al seno de la tierra.

Calló la música, el silencio se hizo largo como la respiración contenida del respetable, y sus pies se plantaron hasta soldarse con el suelo y su mirada fue una centella que llegó directamente a la mirada de Conde. Conde condescendiente, sostuvo la mirada retadora durante unos segundos. Luego se levantó de la mesa con la tranquilidad de lo irremisible. Magda, hecha para la agresión, le entrega el cuchillo al Conde, diciéndole con rencor: «Dale en la madre...». Conde se alisa sus ropas, muestra la galanura aprendida y suelta una palabra: «Seguro...». Magda sabe de la saña y el rencor y azuza: «Rómpele todita su madre...». Para

Conde eso se da por descontado:
«Seguro mi reina...».

MACHO Y CONDE FRENTE A FRENTE, los cuchillos salieron a relucir pegados a las piernas de los pantalones, puntas agrias abriendo los silencios. Porque hasta Jorge Tianguistengo se quedó callado, con la boca abierta de par en par. Los dos o tres metros que separaban a los califas eran los que se tenían de respeto y de rencor. Y no era el rencor porque una mujer estuviera muerta sino era el rencor a toda la vida a cada minuto de existencia que tenía sobre este lugar. Eran las ganas de morirse a su debido tiempo. El tiempo de la nada. Conde abrió primero su boca seca y

avinagrada. «Llegaste temprano, te vi... sin que...». Macho ataja todo oropel verborreo: «Un califa nunca duerme, mi buen. ¿Ya se olvidó de que soy califa o de que usted lo es?». Conde sonrió y dijo rápidamente: «¿Seguro?... ¡ya te estás haciendo viejo!». «Pero la lengua se vuelve más ágil, sirve para la mujer y sirve para el verbo...». Conde miró con desprecio la respuesta de Macho y lo laceró: «Pero aparte de todo eso, la mente también se cansa cuando las ganas de vivir tienen el olor de la mierda...». Y como si hubiera oído la trompeta que marcaba el inicio de un danzón, se hicieron de piernas y esgrima, sus corazones recibían golpes de timbales.

El salón de baile era la complicidad silenciosa repartiendo el espacio luminoso ellos atentos, en busca del parpadeo que les permitiera largar su cuchillada. Las vueltas en redondo eran los círculos sucesivos con que bajaban a sus infiernos. Mirada a mirada se decían lo mucho que se querían, lo mucho que se tenían compasión, la tristeza que les embargaba y les impedía detenerse.

El odio que se tenían a sí mismos era la energía que les impelía a lanzar las hojas afiladas a la humanidad movible. Fue cuando Conde se dejó ir hacia el bulto. Macho lo supo en las pupilas del Conde, así giró hacia atrás dejando pasar con el viaje a Conde, y

cuando Conde revoloteaba a tientas, Macho atacó con la prestancia del suicida. Conde medio evadió el cuchillo, sus ropas fueron desgarradas de la tetilla derecha hacia el hombro: «Ooooh», dijo la multitud. Macho se revolvió para no perder el bulto. Miró la desgarradura y sonrió burlón... Conde tiró sin saber por qué una patada a los testículos de Macho. Macho sintió el botín en su cuerpo después un dolor que se anidaba entre sus intestinos y el aire que le faltaba.

Pero Macho estaba hecho en la lucha, así es que trató de nunca perder de su mirada el bulto. Conde entendió que era el momento de atacar. Macho

volvió a girar hacia un lado, pero ahora con la punta como defensa. Conde sabe que lo tiene que acabar en ese momento y vuelve a intentar la cuchillada, ahora con una trayectoria de abajo hacia arriba y desde fuera hacia adentro. A Macho los pies también le servían y en vez de ir con su cuerpo estiró su pierna hasta llegar a la boca de Conde. La sangre fue un borbotón que salió de la boca de éste hasta llegar a través de sus ropas al suelo de la pista. Macho odió más que nunca la sangre y sonrió con la amargura escapándosele entre los dientes: «Y eso que estoy viejo...». Macho ataca tentando a la muerte, esa puta que lo tenía hartó. Pero, Conde giró aunque no

pudo evitar ser herido en un brazo. Conde con el viaje de su giro regresó con el cuchillo que sabe que sí es cierto que el Macho se está haciendo viejo cuando el cuchillo rasga la piel de sus costillas. Entonces Macho supo, y tú lo sabes, Sugi, que él no sería el muerto; el rasguño le ardía, y el bulto del Conde venía creyendo rematar. Macho lo único que tuvo que hacer, y lo hizo con toda la sapiencia del mundo, fue recibirlo. Tú, Sugi, miedoso, viste con estos ojos que no te pueden mentir cómo el cuchillo se fue enterrando en el pecho del Conde. Macho empujó más fuerte y arrojó el bulto al suelo lustroso de la pista. El cuerpo de Conde cayó de espaldas.

Conde supo que estaba muerto de por vida, sonrió con una amargura y deletreó la frase con la que el salón volvió a quedarse mudo: «No me abrí...». Macho no quiso ver cómo expiraba el Conde y ahora entiendes que no lo quiso ver porque Macho en ese momento era otro que también había pirado al infinito, largándose de aquí.

Y ustedes las moscas aletearon su alegría porque no entendían nada de lo que había sucedido en ese momento Macho dio la cara y era el rostro de un iluminado que había despegado de la tierra, ni el aaah de la multitud pudo sacarlo de sí mismo. Su mirada tropezó con la boca abierta de Jorge

Tianguistengo. Miró extraño a todo su alrededor. Miró a la Muñeca, quién rehuyó su mirada; él parecía ver gente extraña hasta cuando se le acercó la Remedios: «Oh mi rey...». ¡Déjame...! Un déjame seco, rechazante, fue la palabra para repeler ese cuerpo. Y Remedios seguía sin entender: «¿Qué vas a hacer...?». Macho miró nuevamente como si fuera otro: «Qué, la muerte es la muerte. Yo no estoy, yo no he estado, uno no está desde antes de que uno nazca...». Y tú, Sugi, ahora que estás escribiendo esto te das cuenta de qué tan idiota eras, que interveniste con toda la apuración de la justicia: «¡Vamos Macho!». Macho con la mirada te hizo

caca: «¿Vamos?, no estar es estar solo, ser en la nada...». «Te va a agarrar la policía...». Y Macho te volteó a ver con la extrañeza con que miraría un ser desatado de toda liga y toda represión: «Qué es eso, quiero andar, saber de la calle...». Y tú imbécilmente volviste a lo mismo, a lo cuerdo: «Te van a encarcelar...». Macho, con una mirada que era como si se alejara de todos los presentes, murmura: «Ya no, estoy a las espaldas de Dios...». Y tú, Sugi, ahora, en este momento que lo estás escribiendo no sabes si ponerlo o no; pero, porque te da vergüenza; te querías reír, te querías carcajear de lo que decía el Macho. Miraste a la Remedios que

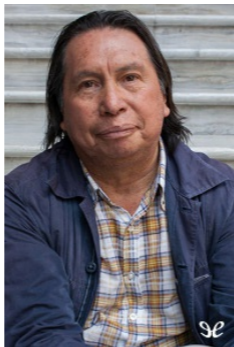
también pensaba que bromeaba y la Muñeca se alejó como diciendo a éste le patina el coco. Macho ya no tuvo nada que lo detuviera, avanzó por la pista y fue botando sus ropas, se quitó el saco, la corbata, el chaleco, la camisa. En él, el acto de desnudarse era dar la impresión de deshacerse de cosas que le pesaban. Te pareció, no lo puedes asegurar ahora, a la distancia, que algún músico comenzó a sonar su cornetín mientras el Macho se perdía hacia la entrada, semidesnudo, y era de una tristeza y una nostalgia inimaginable. El salón, ahora lo recuerdas como algo muy vivo, se quedó inmóvil por muchos minutos, en tu cerebro oías resonar los

pasos de Macho, que iba por esas viejas calles de la Merced, y tú, lo sabías a pesar de estar inmóvil en el salón de baile, entendiste que nadie iba a voltear a ver a ese hombre desnudado, porque la gente tenía miedo; además y en última instancia, a nadie le importaba ver a un hombre así.

HOY, UN DÍA después de haber terminado de escribir mi historia, he vuelto a ver a ese hombre de presencia mítica; con su abrigo mugroso y su elegancia a-pesar-de-todo, estaba dirigiendo el tráfico en una de esas céntricas esquinas de la ciudad, de la llamada parte vieja de la ciudad, una de aquellas prolongaciones de avenidas que nacen en el corazón del barrio de la Merced y terminan por el Zócalo o la Alameda, casi a la altura de la calle de Bolívar, por la casa Boker, ahora convertida en un Sanborns. La gente lo miraba con extrañeza preguntándose si estará loco o más bien en la creencia de que sí está loco.

Yo lo saludé, creyendo que era Macho Prieto (a quien después de la noche de San Valentín no volví a ver, tal vez por temor a mezclarme con la policía o porque en el fondo me negaba yo mismo la posibilidad de volver a saber de Macho); un bolero ya de edad grande, me miró y me dijo señalando al hombre del abrigo mugroso y barba larga y rala: «Ése, así como lo ve, fue un padrote; dicen que el mejor de la Merced. Galán, califa mayor, no' mbre ni migajas quedan. Dicen que recibió un castigo divino; que se volvió loco por una mujer... Pero vaya usted a saber, con el tiempo la gente va cambiando las cosas, pero sí fue califa mayor, todavía

se le nota, a poco no...». Yo corrí dejando al bolero con la palabra en la boca, desde la banqueta le grité: «Macho... Macho... Macho...». Tres veces, le hice señas con las manos, como aspas para que me viera, no me oyó, no me vio, estaba entretenido haciendo señales viales. Crucé la calle, me le paré unos minutos frente a sus ojos, nunca me reconoció.



ARMANDO RAMÍREZ irrumpió en el mundo de la literatura a principios de los años setenta con *Chin chin el teporocho*, novela que marcó un hito en la narrativa nacional por su desenfadado y crítico acercamiento a la vida en la ciudad de México y por su vigoroso retrato de las clases populares que en

ella habitan. A esta primera obra le siguieron *Violación en Polanco*, *Noche de califas*, *Tepito*, *Quinceañera*, *La Casa de los Ajolotes*, entre otras. Algunos de sus trabajos han sido llevados con éxito al cine y al teatro. En conjunto, su obra narrativa tiene un sello inconfundible que se advierte en el uso del lenguaje y en el rescate de la vida y costumbres de cierto sector de la sociedad. Ramírez se ha desempeñado también como guionista, reportero y realizador de programas de televisión.